EL REY MONGE,

DRAMA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR

DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1837.

3

PERSONAGES.

DON RAMIRO.

DON FERRIZ MAZA DE LIZANA.

ALFONSO. . . } *Hijos de don Ferriz.*
ISABEL. . . . }

ALDONZA, *Dueña.*

DON PEDRO DE ATARES.

GARCÍA DE VIDAURE.

DON FERNANDO DE LUNA.

ORDAZ.

EL ABAD DE SAN PEDRO EL VIEJO DE LA CIUDAD DE HUESCA.

DON LOPE.

ORTIZ.

BELTRAN.

BUSTOS.

GONZALO.

GOMEZ.

MENDO.

FORTUN.

UN RELIGIOSO.

PUEBLO, SOLDADOS, CONJURADOS.

Aragon, siglo XII.

ACTO PRIMERO.

La Cita.

El teatro representa una gran plaza en la villa de Monzon. Grupos de gente del pueblo: en uno de ellos Bustos, Gonzalo y Gomez, que sale por la derecha al levantarse el telon.

ESCENA PRIMERA.

BUSTOS. GONZALO. GOMEZ.

Todos. ¡Viva el rey Alfonso!
Gom. ¡Viva!
y la reina de Aragon
doña Urraca, su muger,
que es hermosa como un sol.
Bus. ¿Viste á la reina?
Gom. La vi,
que está en la iglesia mayor
florida comó un abril:
asi la bendiga Dios.
Bus. Yo logré entrar... ¡pero qué!
el gentío me arrojó
á la calle... y á Dios gracias
que no me ahogué de calor.
Gom. Yo me interné codeando
detras de un noble infanzon
que abrió calle con sus pages
para que pasara yo.
Subido en una columna
estuve... ¡qué confusion!

¡qué pompa! jamas la iglesia
tan de gala se vistió.
La reina postrada estaba
de hinojos con gran fervor,
bajos los ojos al suelo
y en santa contemplacion.
Bellas tambien son las damas,
mas como la reina, no,
que es su cara la de un angel,
y de un angel su candor.
El rey está mas galan
que el mas apuesto infanzon,
y síguenle muchos nobles,
ricos fidalgos de pró.
Entre todos por su gala
brillan el conde Armengol,
y el buen don Lope de Lopez,
de Calatayud señor.
Mesnaderos y donceles,
como corteses que son,
vistieron todos de verde,
que es de la reina el color.

Bus. ¡Bien celebraron las bodas!
bendiga el cielo su union.

Gonz. Gran lujo nuestra nobleza
ha mostrado.

Bus. ¡Sí por Dios!
son nuestros reyes.

Gonz. ¡Callad!

Bus. ¡Esa vana ostentacion
cuesta al mísero pechero
tanta fatiga y sudor!

Gom. ¿Y qué quiere remediarle,
si ya pechero nació?
cosas son de la fortuna.

Bus. Cosas de los hombres son.
Mil veces considerando
tanto orgulloso señor,
he pensado...

Gom. ¿Y no ha pensado

que el verdugo...

Bus. Pardiez no,
mas pensaré en el verdugo.

Gom. No será tan hablador.

ESCENA II.

LOS MISMOS. MENDO.

Bus. ¿Salen ya? (*A Mendo.*)

Men. ¡Qué han de salir!
aun en la iglesia los dejo,
y ya no pude sufrir...
si aguardais, os aconsejo
que os marcheis.

Bus. ¿No han de venir?

Men. Ahora estan en el sermon,
y luego se marchan todos.

Bus. ¿Qué no duermen en Monzon?
pues tiene el rey buenos modos
de agradecer la funcion.

Men. Nunca agradecen los reyes,
y en vano es agasajallos:
servirlos y festejallos
para los reyes son leyes
y obligacion de vasallos.

(*Se ve atravesar por el fondo á don* **Ferriz de Lizana.**)

Men. Ahora va el viejo Lizana...
miradle... triste la faz
y la cabellera cana,
aun su frente ostenta vana
los laureles de Alcoraz.

Gonz. ¿Quién es?

Men. Ese viejo un dia
por su valor y osadía
hizo á los moros temblar,
y en premio á su bizarría
dióle el rey á Castellar.

Gom. Dicen que tambien le dió
junto á Monzon un castillo

que de los moros ganó.
Men. ¡Y es señor de horca y cuchillo!
Bus. ¡Cáspita!
Men. ¿Temes?
Bus. ¿Pues no?
Desventurada la grey
que sufre el infame yugo
de tanto pequeño rey,
cuyo capricho es su ley
y su justicia el verdugo.
Gom. ¡Chit...! buena la vais á hacer.
Bus. Nadie escucha.
Men. ¿Por ventura
á su hija lograsteis ver?
Jamas he visto en muger
tan celestial hermosura.
Gom. Mas dicen que es recatada
y modesta como hermosa.
Bus. Siempre la he visto tapada,
y de una dueña celosa
de contínuo acompañada.
Men. Y un hijo tiene tambien.
Gom. Caballero de gran pró,
que á la conquista voló
de la gran Jerusalen,
donde cautivo quedó.
Bus. Esa noticia quizá
causa el dolor que le abate.
Gom. Mucho le quiso.
Bus. Mas ya
mandó un crecido rescate
con que libre tornará.
Gons. Vereis si van á salir
los reyes, y no logramos
verlos si aqui nos estamos.
Bus. Sí, sí, que se pueden ir:
vamos á la iglesia.
Todos. Vamos.

ESCENA III.

DON RAMIRO. ORTIZ.

Ortiz. ¡Gran funcion por vida mia!
Ram. Sí, Ortiz, funcion estremada.
Ortiz. ¿Que no puede curar nada,
señor, tu melancolía?
Ram. ¿Curar mis penas, Ortiz?
¡gran Dios si posible fuera!
Ortiz. ¿Qué tienes?
Ram. Me desespera
ver tanta gente feliz.
¡Contemplarme tan temprano
esclavo de injusta ley
mientras coronado rey
celebra bodas mi hermano!
¡verme en su corte orgullosa
abatido y despreciado
porque en mi celda encerrado
pasé mi edad mas hermosa!
¡Esos nobles...! bien lo ves;
á la corte nunca voy
magüer que en Monzon estoy...
y vivo mas libre.
Ortiz. ¡Pues...!
Ram. Harto tiempo he sido esclavo
de la celda y del abad.
Ortiz. Dices bien, la libertad.
Ram. Gozar del mundo.
Ortiz. Lo alabo.
Ram. Injusto mi padre fue
cuando sin ley ni cariño
me abandonó tierno niño,
donde á Dios me consagré.
¡Oh! ¡mi padre...!
Ortiz. Algun misterio...
Ram. De aqueso nada sé yo;
solo sé que me arrojó

á ese oscuro monasterio:
solo sé que no nací
para ser monge y rezar,
que he sentido palpitar
un corazon que hay aqui.
¡Menguada mi vida ha sido
en aquel claustro por cierto!
para el mundo estaba muerto,
y ahora juzgo que he nacido.
¡Qué bello es el mundo, Ortiz,
con sus galas ostentosas,
con sus mugeres hermosas...!

Ortiz. Con la hija de don Ferriz.

Ram. ¡Loco estoy!

Ortiz. Pronto cegaste.

Ram. No vi hermosura mayor
ni tan sencillo candor
en otra muger.

Ortiz. ¿La hablaste?

Ram. Benigna escuchó mi queja,
y no en vano la rogué:
toda la noche pasé
velando bajo su reja.

Ortiz. ¿Y ella tambien?

Ram. Tambien ella
hasta la aurora veló.

Ortiz. Y al fin, ¿qué te contestó?

Ram. Díjome que era doncella.

Ortiz. Te habló de padre y hermano...

Ram. De uno y otro.

Ortiz. ¡Bien está!
mañana te exigirá
de esposo, palabra y mano.

Ram. Vive el cielo, que á no ser
por mi desdicha terrible
el casamiento imposible,
la tomara por muger.

Ortiz. Sea tu manceba.

Ram. No creo
que asi mi pasion admita,

que lleva en su frente escrita
la virtud con el deseo.

Ortiz. No te cause eso inquietud
mientras no se muestre impía,
que no admiten compañía
el deseo y la virtud:
sino... olvídala.

Ram. Tampoco...
fuera olvidarla locura.
No he de perder su hermosura,
que fuera tenerla en poco.
Y no es un vano capricho,
es una ardiente pasion.

Ortiz. Pues no hay mas en conclusion
que engañarla.

Ram. Bien has dicho.

Ortiz. Fé de esposo...

Ram. Eso no es nuevo.

Ortiz. Y para que no se asombre
callas tu estado y tu nombre.

Ram. Bien me aconsejas; lo apruebo.
Iré á la iglesia por vella.

Ortiz. Alli viene una tapada
de una dueña acompañada.

Ram. ¡Pardiez! jurara que es ella.

Ortiz. ¿Dueña y doncella en un punto
ganaste, dichoso amante?

Ram. Díla á la dueña un diamante...

Ortiz. Entonces, nada pregunto.

Ram. Mostróse blanda.

Ortiz. Sí creo...
puedes contar con la dueña.

ESCENA IV.

DICHOS. ALDONZA. ISABEL.

Ram. Ellas son: hizo una seña...
no me engañó mi deseo. (*Se acerca á Isabel.*)
Doncella de negros ojos,
que donde quier que mirais

corazones arrastrais
de vuestro orgullo despojos,
¿dónde vais, señora mia,
tan apuesta y tan velada?

Isab. ¡Apartad!

Ald. ¿Qué es eso?

Isab. Nada.

Ald. ¿Ese doncel qué queria?

Isab. Díjome cosas de amores.

Ald. ¿Eso os dijo? ¡Vírgen Santa!

Isab. ¿Que hable de amor os espanta
un galan como unas flores?

Ald. ¿Ya te ha gustado el amante?
Muy pronto te enamoró.

Isab. ¿No he de contestarle?

Ald. No...
¡Líbreme Dios...!

Isab. ¡Un instante!

Ram. Permitidlo, y Dios os dé
por ello buena ventura.

Ald. ¿En la calle? ¡qué locura!

Isab. Mirad que me enojaré.

Ald. Yo, por mí, nada me importa;
pero por Dios no me atrevo.

Ram. Pues...

Ald. Esto para mí es nuevo.

Ortiz. (¡Bruja infame!)

Ald. ¡Estoy absorta!
Mas si la intencion es casta
como Dios manda y enseña...

Ortiz. (Colmillos tiene la dueña.)

Ram. ¿Dudarlo podeis?

Ald. Bien... basta:
hablad pues. (*Se retira á un lado.*)

Ram. ¡Angel de luz...!

Ortiz. (¡Maldita vieja hechicera!)

Ald. Y si el viejo nos cogiera...
¡Por la señal de la cruz...!

Ortiz. ¡Que no te viera yo arder!

Ald. ¡De enemigos líbranos...!

Buena me esperaba, ay Dios,
si aqui nos llegara á ver.

Ram. Ya pudisteis, prenda hermosa,
mi pasion adivinar.

Isab. Decid si lo sé apreciar,
que entenderlo es facil cosa.

Ram. Que lo aprecieis no dudaba.

Isab. ¿Orgulloso? bien está.

Ram. ¿Héme engañado?

Isab. Si ya
lo sabeis...

Ram. ¡No me engañaba!

Isab. Acabad. (*Ramiro la toma una mano.*)

Ortiz. (¡Espera un poco!)

Ram. Decidlo, decidlo pues...
postrado aqui á vuestros pies
lo he de escuchar.

Isab. ¿Estais loco?

Ortiz. (¡Bueno!)

Isab. ¡En la calle! soltad...
mirad que á mi dueña llamo.

Ram. Dime, Isabel, "yo te amo."

Isab. Bien, lo diré... ¡si es verdad!
No me teneis compasion
cuando llorando me veis;
cuando oprimido teneis
mi inocente corazon.

Ram. ¡Lágrimas!

Isab. ¡Oh! y cuán en breve
amé desenvuelta y loca,
siendo mi pecho de roca
y mi condicion de nieve.

Ram. ¿Quién es mas que yo dichoso?

Ald. ¿No acabais? si asi nos ven...

Isab. Sí, basta ya.

Ram. ¡Cómo el bien
es liviano y presuroso!
Veros muy pronto quería.

Isab. Esta noche esperaré
en la reja.

Ram. Allí estaré
apenas espire el dia.
Ald. ¡El viejo!
Isab. ¡Mi padre!
Ald. Sí.
Isab. Idos por Dios.
Ram. Sí... me voy...
(*Se aparta con Ortiz al fondo del teatro.*)
¡Ay Ortiz! ¡qué feliz soy!
¡me ama tanto!
Ortiz. Ya lo oí.

ESCENA V.

LOS MISMOS. DON FERRIZ.

Ferriz. Isabel, tarde viniste;
ahora la funcion acaba...
Isab. Culpa es de Aldonza.
Ald. Eso es...
yo soy siempre la culpada.
No es sino suya, señor.
Ferriz. ¿Y agora salis de casa?
Isab. En este momento.
Ald. Sí...
ahora salimos.
Ferriz. ¡Ya es tanta
la soledad en que vives,
de todo placer privada!
Eso es por demas... perdiste
ver á la reina y sus damas,
que dan envidia á las flores
por su hermosura y su gala.
No viste al rey... mil galanes
caballeros le acompañan
cubiertos de plumas y oro...
Ald. Ya lo veis... por vuestra causa
hemos perdido... estaria
sin duda muy bueno. ¡Vaya!
Y decidme, de la reina...

¿es hermosa?

Ferriz. Doña Urraca
es la humana perfeccion.

Ald. ¿Y de virtud...

Ferriz. Una santa.

Ald. ¡Quién la hubiera visto!

Ferriz. Ahora
de salir del pueblo acaba.

Ald. ¿Salen de Monzon...

Ferriz. Á Huesca
á abrir las cortes se marchan.

Isab. Entonces nos volveremos.

Ferriz. Triste estás.

Isab. No tengo nada...
al contrario.

Ferriz. ¿Pues por qué
tan pronto volver á casa?

Isab. Gústame, padre, estar sola.

Ald. (Recursos de enamorada.)

Ferriz. Vamos, pues asi lo quieres.
(¡Qué virtud...! ¡es una santa!)
Seré yo tu caballero.

Ortiz. El padre las acompaña.

(*Se acercan Ortiz y Ramiro á Aldonza, que se ha quedado detras, y al paso la hablan.*)

Ram. Tengo que hablaros.

Ald. Despues:
antes que anochezca. ¡Gracias!
(*Don Ramiro la da un bolsillo.*)

ESCENA VI.

DON RAMIRO. ORTIZ.

Ram. Noche, apresura tu vuelo
y al dia oscurece ya,
que donde Isabel está
sobran las luces del cielo.
No tardes, noche, á mi anhelo...

Ortiz. Señor...

Ram. ¡Verdad! loco estoy...
pero tan dichoso soy...
Ortiz. ¡Estremada es su hermosura!
Ram. Apenas creo mi ventura,
y todo ventura es hoy.
¿Qué fue mi vida hasta aqui...?
pasó ignorada y perdida,
y en negra celda escondida
años hermosos viví...
años hermosos que asi
en un desierto pasaron
y lentos se resbalaron
sin esperanzas ni amor,
pidiendo siempre al Señor
por los demas que gozaron.
Para otros era el vivir...
¿Por qué tan contraria suerte?
y era para mí la muerte
el mas bello porvenir.
Ya no quiero mas sufrir
en esa negra clausura,
ni mas en mi vida oscura
agenas culpas llorar,
que la vida es para amar
tanta divina hermosura.

ESCENA VII.

DICHOS. UN CRIADO DEL REY.

Ram. ¿Qué es eso?
Criado. Una orden del rey.
Ram. (¡Ordenes! ¡siempre mandar!)
Al rey podeis contestar
que su mandato es mi ley. (*Vase el criado.*)
Ortiz. ¿Qué es ello?
Ram. (*Lee.*) "Es mi voluntad
que por nuestro bien comun
os vais, Ramiro, á Sabagun
de su monasterio abad."

Mal escogió la ocasion.
¿Hay hombre mas infeliz?
¡Abad de Sahagun, Ortiz,
amando con tal pasion!

Ortiz. ¿Y vas?

Ram. ¡Oh! sin duda alguna.

Ortiz. ¡Por cierto que es trance fuerte!

Ram. ¡Ay Ortiz! ¡tal es mi suerte,
conmigo siempre importuna!
¡Isabel!

Ortiz. ¿No la verás?

Ram. Ella esta noche me espera,
enamorada, hechicera...

Ortiz. ¿Y tal dicha perderás?

Ram. ¡Oh! necio fuera y cobarde.

Ortiz. ¿Irás?

Ram. Es mi único bien.

Ortiz. ¿Y al monasterio?

Ram. Tambien...
al monasterio, mas tarde.



ACTO SEGUNDO.

Parte primera. — La Escala.

Calle, y en el fondo una casa con puerta y un balcon sobre ella, donde estan asomadas Isabel y Aldonza. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL. ALDONZA.

Ald. ¿Si vendrá? no lo dudeis,
que es muy cumplido galan,
y á que cierre mas la noche
sin duda esperando está.
Isab. Temo que venga mi padre.
Ald. ¿Vuestro padre? sí en verdad,
que si estas cosas supiera...
Isab. Nos mataba.
Ald. ¡Barrabás!
buen genio tiene el vejete;
mas por eso no temais,
que en esto de engañar padres
soy discreta por demas.
Isab. ¿Y qué me dices, Aldonza,
de ese mi nuevo galan?
¿qué me dices?
Ald. Que os aguarda
completa felicidad.
Caballero mas cumplido,
y tan discreto ademas...
Isab. Y noble sin duda.

Ald. ¡Oh! sí...
noble sin duda será.
No es de plebeyo linage
su altivo, airoso ademan:
yo apostaria mis tocas
que es de reyes su solar.

Isab. No tanto, mi dueña.

Ald. Sí,
que es señor muy principal.

Isab. ¡Y tan amable...!

Ald. Eso, mucho:
mucho le debes amar.

Isab. Tú me pierdes.

Ald. ¿Por qué asi?

Isab. Mucho le encareces, ¡ay!
á quien en amor de fuego
por él delirando está.

Ald. Bien lo merece.

Isab. ¡Oh! ¡cuál tarda!

Ald. Bien lo merece en verdad,
que á ser yo doncella, hermosa,
y en mas atrasada edad...

Isab. ¿Quién no le amara en el mundo?

Ald. ¿No veis dos bultos?

Isab. ¿Serán?

Ald. Ellos son: yo me retiro:
sin miedo podeis hablar,
que yo por si viene el padre...

Isab. Vete, sí.

Ald. (¡Pobre rapaz!)

ESCENA II.

ISABEL *en el balcon.* DON RAMIRO *y* ORTIZ *por la izquierda.*

Ram. Cuida tú si viene gente,
no interrumpan...

Ortiz. Lo haré asi.

Ram. Si no me engaño, está allí.

Ortiz. Ya te esperará impaciente.
Ram. ¡Cuidado...!
Ortiz. No temais nada.
Ram. No venga algun importuno;
y si se obstinase alguno...
Ortiz. Si se obstina, una estocada.
Ram. Buen argumento.
Ortiz. Allí estoy:
no os pierdo de vista.
Ram. A Dios.
Isab. Uno se acerca.
Ram. ¿Sois vos?
Isab. ¿Quién es?
Ram. ¿Isabel?
Isab. Yo soy.
Ram. Mucho he tardado.
Isab. ¡Sí á fé!
un amante siempre tarda
para la que ansiosa aguarda,
y há ya tiempo que esperé.
Ram. Perdonadme: causa ha sido...
Isab. Algun otro amor.
Ram. ¡Señora!
¿quejas y zelos agora?
Isab. Muy mal lo habeis entendido.
Ram. Rigurosa estais.
Isab. Sí estoy,
que me teneis enojada.
Idos pues.
Ram. No os falté en nada,
mas si lo quereis, me voy.
Isab. Esperad.
Ram. ¡Señora mia!
¿me habeis llamado?
Isab. Os llamé,
no me acuerdo para qué.
Ram. ¿Por qué fingiros impía?
Si me amais, ¿por qué sin duelo
con dureza me tratais?
Isab. ¿Por qué? porque no me amais,

y sois un hombre de hielo.
Pronto os marchabais.

Ram. Creí
daros en ello placer.

Isab. ¿No sabeis que á una muger
no se la obedece asi?

Ram. Sois discreta, y yo os adoro
por discreta y por hermosa.

Isab. ¿No hallasteis en mí otra cosa,
otro mas rico tesoro?

Ram. ¡Isabel!

Isab. Un corazon
que sabe amar con locura,
mas vale que esa hermosura,
y mas que esa discrecion.

Ram. ¿Quién es mas que yo dichoso?
¡Isabel! ¡si yo estuviera
á tu lado! ¡si pudiera
llamarme en breve tu esposo!

Isab. Facil es, si vuestra cuna
á mi noble cuna iguala,
aunque tanto brio y gala
no es de plebeya fortuna.
Pedidme á mi padre.

Ram. Sí..,
os pediré.

Isab. Y no os asombre
que os pregunte vuestro nombre.

Ram. Imposible.

Isab. ¿Cómo asi?

Ram. Sabreislo, pero no agora.

Isab. ¿Pues cómo?

Ram. Un misterio es;
pero soy aragonés,
y noble tambien, señora.

Isab. Eso bien creo.

Ram. Ademas,
de noble honrado nací,
y las promesas que dí
no las quebranté jamas.

Isab. Fuera negra ingratitud
desvanecer mi esperanza.
Ram. ¡Qué...! ¿tan poca confianza...
Isab. Amor es todo inquietud.
¡Temo porque os quiero bien!
Ram. ¿Temeis, Isabel, por eso?
Isab. Soy zelosa, os lo confieso,
pero sé querer tambien.
Ram. ¡Feliz yo que tal ventura
consigo! ¡yo, desdichado,
por la suerte condenado
á morir en noche oscura!
Isab. ¡Oh! silencio...
Ram. Y verme asi
dispertar á un bello dia
tras de la noche sombría
que soñando padecí.
Ya no hay lágrimas ni hay hiel,
y mi ventura es cumplida...
tú eres el sol de mi vida;
tú eres mi gloria, Isabel.
Isab. No hableis asi...
Ram. Perdonad.
Isab. Y si alguno nos oyera...
Ram. No... ninguno.
Isab. Mas pudiera
venir mi padre... acabad.
Ram. ¿Os veré luego?
Isab. Mañana.
A Dios.
Ram. ¿Qué tan pronto os vais?
¿Ya, mi sol, os eclipsais?
Isab. Preciso.
Ram. ¡Suerte inhumana!
Isab. ¡A Dios!
Ram. ¡A Dios! (*Vase Isabel.*)

ESCENA III.

DON RAMIRO. *Luego* ORTIZ.

Ram. ¡Cuán hermosa
y cuán tierna...! ¡Suerte horrible,
que haces mi dicha imposible,
y mi existencia enojosa!
No es mi culpa, ni es delito
si por tu insano rigor
de esa desdichada flor
el tierno cáliz marchito.
Ortiz...

Ortiz. ¿Se acabó?

Ram. La dueña
aun no ha salido, y quizá
arrepentida estará.

Ortiz. Por Dios...

Ram. Hagamos la seña.
¿Tragiste la escala?

Ortiz. Aqui
ya la tengo preparada.
¿Qué es la seña?

Ram. Una palmada.

(*Ortiz da una palmada, y entreabren el balcon.*)

¿No se asoma nadie?

Ortiz. Sí.

Ald. (*Al balcon.*) ¡Silencio!

Ram. ¿Aun no es ocasion?

Ald. Vuestro intento no adivino...
(*Echando un cordon.*)
¿está la escala?

Ram. Ya vino.

Ald. Atadla en ese cordon.

(*Ramiro ata la escala. Aldonza la sube, y la sujeta al balcon.*)

Ram. Atadla bien...

Ald. Bien está.

Ram. Que fuera trance infeliz... (*Sube.*)

cuenta con el viejo, Ortiz.

Ortiz. Yo os juro que no entrará.

ESCENA. IV.

ORTIZ. *Luego* DON FERRIZ.

Ortiz. ¡Bueno! si viene y se empeña
en entrar... ¡lance sería!
y... casi me alegraría
por esa maldita dueña.
Mucho lo temo... y no sé
lo que he de hacer en tal caso...
alguien viene... tenga el paso, (*Sale don Ferriz.*)
y hágase atras vuesarcé.
¿Lo habeis oido?

Ferriz. ¿Un maton
á mi puerta?

Ortiz. ¡Mala peste!
el padre sin duda es este,
y viene á mala ocasion.

Ferriz. Haceos á un lado, el hidalgo,
si sois hidalgo.

Ortiz. Sí soy.

Ferriz. Idos luego.

Ortiz. No me voy
si he de mereceros algo.

Ferriz. ¿No puedo entrar en mi casa?

Ortiz. Si gustais, por ahora no,
que estoy guardándola yo,
y entre tanto nadie pasa.

Ferriz. Ved que me voy enojando.

Ortiz. Haceis bien: yo tal haría.

Ferriz. ¿Os burlais? por vida mia
que he de mataros.

Ortiz. ¿Y cuándo?

Ferriz. No os burleis de un viejo noble,
(*Se acerca á Ortiz empuñando.*)
y aprovechad el consejo.

Ortiz. Haceos atras, el buen viejo,

ú os rebano de un mandoble.

Ferriz. Yo os castigaré. (*Saca la espada.*)

Ortiz. ¡Pues ya!

Ferriz. ¡Villano!

Ortiz. Su edad le valga:
¡mas no me iré hasta que salga
el hombre que dentro está!

Ferriz. ¿Un hombre en mi casa, un hombre?

Ortiz. Noble y bizarro doncel...
quiere á la hermosa Isabel:
¿qué hay en esto que os asombre?

Ferriz. Te estás burlando, villano,
de mí porque viejo soy...
defiéndete ya.

Ortiz. Ya voy. (*Riñen.*)
Dejadlo... os tiembla la mano.

Ferriz. De furor... y de vejez. (*Cesan.*)

Ortiz. ¿Os dais por vencido?

Ferriz. No...
mi rabia no se rindió. (*Vuelven á reñir.*)

Ortiz. ¡Esforzado sois pardiez!

Ald. (*Dentro.*) ¡Una pendencia! haz que salga
al punto, niña, Isabel.

Ortiz. Me heriste, viejo cruel;
la Madre de Dios me valga.

Ferriz. Allá te dé su perdon
como su castigo aqui.
Entremos pronto. (*Abre la puerta y entra.*)

Ortiz. ¡Ay de mí...!
¡que me muero! confesion...

(*Espira.—El teatro queda un momento en silencio.*)

ESCENA V.

ALDONZA, ISABEL *y* DON RAMIRO *en el balcon.*

Ram. ¿Por qué tan pronto?

Ald. Escapad,
que pienso que vino el viejo.

Ram. Isabel, pronto te dejo.

Isab. Pero es fuerza.

Ald. Despachad.

(*Don Ramiro baja por la escala.*)

La que me espera no es mala.

Isab. ¡Si le vió, perdida soy!

Ald. ¿Estais abajo?

Ram. Sí estoy.

Ald. Entonces, suelto la escala.

(*Entran despues de soltar la escala.*)

ESCENA VI.

DON RAMIRO.

¿Qué habrán oido, que asi
asustar las ha podido?
¿Ortiz? ¿Ortiz? ¡se ha dormido!
(*Dándole con el pie.*)
buena guarda puse en tí.
¡Oh! yo le haré que dispierte.
(*Saca la espada y le da con ella.*)
¡Ortiz! ¡Ortiz...! ¡está frio...! (*Tocándole.*)
¡Un cadáver!—¡Amor mio,
cerca estabas de la muerte!



PARTE SEGUNDA.

Muerta para el mundo.

Habitacion de Isabel: en el fondo hay una puerta que cubre un tapiz, y otras dos laterales. Es todavía de noche: sobre una mesa hay una lámpara encendida. Isabel, pálida y descompuesta, está sentada, apoyando su brazo sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.

¡Toda la noche he rezado!
mas no pudo la oracion
aliviar mi corazon
con estremo fatigado.
Y nada me dijo, nada;
pero enojado y severo
vi que requirió el acero
con mano convulsa, airada.
¿Dónde está Aldonza? me deja
sola aqui con mi dolor...
le cansará mi clamor,
y por no sufrir se aleja.
¡Tiene razon! demasiado
de su cariño abusé,
que por mí cómplice fue
de mi amor desventurado.

Aqui sola... sola estoy... (*Se levanta.*)
apenas pueden mis pies
sostenerme... ¡Ay Dios! ¿quién es? (*Sobresaltada.*)

ESCENA II.

ISABEL. ALDONZA.

Ald. No tengais miedo; yo soy.
Isab. ¿Aun no ha salido?
Ald. Encerrado
en su habitacion está.
Isab. Si le vió me matará:
no te apartes de mi lado.
Ald. Y yo, insensata de mí,
porque fui blanda á tu ruego...
Isab. ¡Quién creyera que tan ciego
se atreviese á entrar aqui!
No me amaba.
Ald. Yo tal digo,
que fue licencia estremada.
Isab. ¡Y me deja abandonada
donde sufra mi castigo!
Ald. Fue accion infame y ruin...
Isab. ¡Aldonza! ¡perdida soy!
Ald. ¡Qué! ¿rezais?
Isab. Rezando estoy,
que ya ha llegado mi fin.
Ald. No, no será tan cruel.
Isab. ¿Verdad que es horrible cosa
morir tan jóven y hermosa,
morir amando...?
Ald. ¡Isabel!
tú vas á hacerme llorar.
Isab. Llora, de llorar es dia.
Ald. Isabel, la culpa es mia,
que no te supe guardar.
En estremo confiada
á tus ruegos accedí,
porque nunca presumí

ser de tal modo engañada.
¿Y quién hubiera creido
tanta liviandad?

Isab. ¡Callad!
no fue loca liviandad;
una pasion... eso ha sido:
pasion que no comprendeis,
volcánica, irresistible,
y que apagar no es posible:
¿entendeis, dueña, entendeis?

Ald. ¡Me asustas!

Isab. ¡Liviana yo!
¡fue mi amor un desvarío...!
¡tienes razon! Padre mio,
no tengo disculpa, no.
Ven á herir mi pecho.

Ald. ¡Calla!

Isab. Ven al punto.

Ald. ¿Con quién hablo?

Isab. ¡Padre!

Ald. Eso es tentar al diablo:
¡si viene y asi nos halla!

Isab. ¡Pobre viejo! yo insulté
con mi cariño culpable
esa frente venerable
cubierta de honrada fé.

Ald. ¡No te abandones asi!

Isab. ¡Pobre viejo! ¡Cuál me amaba!
sin duda que no esperaba
tanta ingratitud de mí.
Esperarlo no debia.

Ald. Empero...

Isab. ¡Me amaba tanto!
Siempre conmigo su llanto
y sus caricias partía.

Ald. ¡Isabel!

Isab. ¡Caricias vanas!
Quien debió ser tu consuelo,
esa ha causado tu duelo,
esa ha escupido en tus canas.

Ald. Ved que va á venir.
Isab. ¿Y bien?
Ald. Idos de aqui; os lo aconsejo,
y... no lloreis: ¡vaya! el viejo
ha sido mozo tambien.
Escuchará la razon,
se hará cargo en cierto modo,
y luego... Dios sobre todo,
que no es tan bravo el leon.
Isab. Nada temo.
Ald. (Pues yo sí,
y por si acaso...) (*Hace que se va.*)

ESCENA III.

DICHAS. DON FERRIZ.

Ferriz. Esperad. (*A Aldonza.*)
Vos, Isabel, despejad.
(*Se va Isabel por la izquierda.*)
Tengo que hablaros.
Ald. ¿A mí?
Ferriz. A vos, Aldonza, á vos.
Ald. Decid... (¡qué gesto!)
Ferriz. Estrecha cuenta á demandaros vine...
Ald. ¿Qué me decis, señor? ¿en qué he faltado...?
Ferriz. Estrecha cuenta de mi honor manchado.
Ald. No os comprendo... no sé...
Ferriz. ¿No sabeis nada?
¿Por qué esa turbacion?
Ald. Yo...
Ferriz. Ciertamente.
Ald. ¡Vuestra pregunta acaso, inesperada...!
Ferriz. No, no... ¡vuestro delito! vos, la dueña,
mal guardadora del tesoro mio;
¿pensásteis por ventura que á la afrenta
mi viejo corazon estaba frio?
¡Mal hicisteis, la torpe encubridora!
Ald. Señor, señor...
Ferriz. Hay crímenes horribles

y castigos horribles.

Ald. ¡Oh! yo os juro que nada supe, que engañada he sido como lo fuisteis vos.

Ferriz. ¿Cierto? Y decidme, ¿de dónde esta sortija os ha venido? ¿de dónde este bolsillo, bruja torpe? Vendisteis por el oro la hija mia, pusisteis su virtud á infame precio como pudiera á vil mercadería.

Ald. ¿En dónde habeis hallado...?

Ferriz. En vuestras arcas. ¡Rica sortija á la verdad! su dueño debe sin duda ser de alto linage, y vos bien lo sabreis.

Ald. Asi lo indican su bizarro ademan y apuesto trage.

Ferriz. Ya confesasteis pues.

Ald. Pero yo nunca para tanto y tan ciego desvarío pude permiso dar.

Ferriz. ¿Y por qué entonces ocultado me habeis con pecho duro, perversa dueña, su cariño impuro? ¿Y quién abrió la puerta al ciego amante...? que no le abrió Isabel.

Ald. ¿Pensais...

Ferriz. Sí, pienso que es de grande valor este diamante. Mi hija no pudo ser.

Ald. Perdon al menos.

Ferriz. Haceis bien en llorar.

Ald. Perdon os pido... no fui yo tan culpable. ¡Y es sin duda horrible mi castigo!

Ferriz. ¡Sí, espantoso!

Ald. ¡Que no merezco que de mí se duelan!

Ferriz. Llorad, llorad: las lágrimas consuelan.

Ald. ¡Viejo feroz, que aun insultais mi llanto, que no teneis piedad!

Ferriz. Ninguna.
Ald. Al menos
no me mateis.
Ferriz. Pensabais en la muerte...
pensabais bien; es esa vuestra suerte.
Ald. Miradlo bien, señor; vos sois humano,
y caber no ha podido tal idea
en vuestro corazon noble y cristiano.
Y es grato perdonar, y Dios aprecia
mas que el castigo, perdonar las culpas.
Ferriz. Ea, del suelo alzad, que estais ya necia.
Alzad.
Ald. Es cierto que vendí alevosa
la virtud de Isabel... ya no os lo niego.
Yo fui la que al doncel enamorado
llevó á la estancia de la incauta vírgen:
no fué suya la culpa, toda es mia;
pero piedad de mí.
Ferriz. Ya lo sabia.
Era imposible que en su seno puro
cupiese tal maldad.
Ald. ¡Oh! yo os lo juro.
Ferriz. ¿Y tú, perversa dueña, no tuviste
piedad de su inocencia? ¡hija del alma,
que de trama infernal víctima fuiste!
¿Yo compasion de tí?
Ald. Dejadme, os ruego,
mi delito espiar arrepentida.
¡Oh! permitid que en silencioso claustro
sobre la dura piedra arrodillada,
vertiendo sin cesar llanto de sangre,
mi culpa deje al espirar lavada.
Ya para vos, esposa del Eterno,
no viviré de hoy mas.
Ferriz. Y Dios te oiría,
y piadoso tu súplica acogiendo
acaso tu maldad perdonaría.
No, muere sin rezar, desesperada,
blasfemando de Dios, porque el infierno
te reciba inconfesa pecadora

de su mansion en el suplicio eterno.

Ald. ¡Por piedad, por piedad!

Ferriz. ¡Fortun!

ESCENA IV.

LOS MISMOS. FORTUN *á la puerta.*

Ald. ¡Tan pronto!

Ferriz. Mis órdenes cumplid.

Ald. Perdon: ¡ay triste!

For. Vamos, la dueña.

Ald. No.

For. Será por fuerza,
que la habré de arrastrar si se resiste.

Ald. ¿Qué he de morir?

For. A mi señor le plugo.

Ald. Rogadle vos por mí.

For. ¿Dónde habeis visto
que ruegue por la víctima el verdugo?

Ald. ¿Sois mi verdugo vos?

For. No me haga dengues,
y déjese matar como es debido.

Ferriz. ¿No acabais?

For. ¡Sí, pardiez! venga la bruja.

Ald. Madre del Salvador, piedad te pido.

ESCENA V.

DON FERRIZ.

¡Muere en espiacion! tú que has cubierto
mi decrépita frente de amargura,
no te oiga Dios, ni tu tormento crea,
y el premio á tu maldad eterno sea.
¡Isabel! ¡Isabel! ¡hija adorada,
lozana flor para tu mal nacida
y por aleves manos deshojada!
Ya la luz de mis ojos me ha faltado,
que era la luz de tus hermosos ojos,

y ya no mirarán al viejo padre
sino cubiertos de dolor y enojos.
Tú, justicia eternal, lo permitiste.
¡Isabel! ¡Isabel!

ESCENA VI.

DON FERRIZ. ISABEL *por la izquierda.*

Isab. ¡Padre!
Ferriz. ¡Dios mio!
dadme valor; el sacrificio es triste.
Isab. ¡Padre!
Ferriz. Acércate, hija mia;
ven aqui.
Isab. (Me hace temblar.)
Ferriz. ¿Lloras? ¿qué negro pesar
turbó, Isabel, tu alegría?
Tú que de un padre amoroso
eres el único bien,
¿quién pudo ofenderte, quién,
que está tu rostro lloroso?
¡Hermosa como tu madre!
¿por qué lloras?
Isab. (¡Ay de mí!)
Ferriz. ¿No hay una sonrisa, di,
ni un beso para tu padre?
Isab. (¡Qué tormento!)
Ferriz. ¿No es verdad
que en tu alma cándida, hermosa,
nunca ofender pudo cosa
mi cansada ancianidad?
Isab. ¡Señor...!
Ferriz. Yo jamas de tí
tal pensé: ¡qué desvarío!
¿No respondes?
Isab. ¡Padre mio...!
¿por qué atormentarme asi?
Ferriz. ¿Yo atormentarte, Isabel,
cuando eres tú mis delicias?

¿Por qué?

Isab. ¡Con vuestras caricias
estais, mi padre, cruel!

Ferriz. ¿Qué dices?

Isab. No soy yo aquella
que hija vuestra se llamó:
ya la Isábel no soy yo
inocente como bella.
¡Piedad! ¡soy tan infeliz!

Ferriz. ¿No lo soy yo?

Isab. ¡Padre amado!

Ferriz. ¡Cuál me has hecho desgraciado
con tu funesto desliz!
Pueda yo del seductor
que así te dejó marchita
beber la sangre maldita
para aplacar mi furor.
¿Su nombre? en vano blasona;
nada importa si un rey es,
que haré polvo con mis pies
su cabeza y su corona.

Isab. Perdon, perdon; soy culpable,
grandes mis delirios son,
pero... tened compasion
de esta muger miserable.
Amé desenvuelta á un hombre...

Ferris. ¿Le amaste?

Isab. Fuera su esclava.

Ferriz. ¿Su nombre?

Isab. Me lo ocultaba;
nunca me dijo su nombre.

Ferriz. ¿Que te ha engañado no ves
por mas aumentar mi agravio?

Isab. Solo supe de su labio
que es noble y aragonés.

Ferriz. ¡Infame! tú me robaste
todo el bien que yo tenia...
hollaste la vejez fria
y la blanca flor pisaste.

Isab. ¡Ah señor...!

Feriz. ¡Es tan cruel
la vida asi deshonrada!
¡tener la frente manchada
con una marca de hiel!
Porque livianos antojos
la muger quiso abrigar,
no es lícito al hombre alzar
ante los hombres sus ojos.
¡Vergüenza! este el fruto ha sido
de mis desvelos.

Isab. Señor...

Ferriz. Maldiga el cielo tu amor.

Isab. Mil veces perdon os pido.

Ferriz. No basta.

Isab. ¿Quereis mi muerte?
heridme si la quereis.

Ferriz. ¡Herirte yo!

Isab. ¿No podeis...?
(*Le saca la daga, y don Ferriz la detiene.*)
mi brazo será mas fuerte.

Ferriz. No, no. (¡Paternal cariño!)

Isab. ¿Llorais, mi padre?

Ferriz. Tal vez...
lágrimas en la vejez,
que son lágrimas de niño.
¡Oh! me ha irritado este llanto.

Isab. Heridme.

Ferriz. No puedo á él.
Morir es fuerza, Isabel,
pero Isabel... ¡te amo tanto!

Isab. Si es fuerza, para que vos
podais alzar vuestra frente,
muera yo, mi alma inocente
reciba en su seno Dios.

Ferriz. Empero ¡si un medio hubiera!
herirte es horrible cosa.
¡Tú tan pura, tan hermosa,
con esa frente hechicera!

Isab. Maldiga Dios mi hermosura,
que fue causa de affigirte.

Ferriz. Isabel, no puedo herirte,
es muy grande mi ternura.
Oye... manchado mi honor
solo curarse debia
con tu sangre, que es la mia,
con tu vida, que es mi amor.
Tu padre ya moribundo
no quiere verte morir...
¿no puedes para él vivir
aunque mueras para el mundo?

Isab. ¿Y cómo?

Ferriz. Porque se borre
ese recuerdo, de hoy mas
para siempre vivirás
encerrada en una torre.
Mañana saldrá de aqui
de mis deudos cortejado
triste féretro enlutado...
para el mundo estás alli.

Isab. ¡Padre!

Ferriz. Mas no temas, no,
que estrañen su peso leve...
reposa en su espacio breve
dueña que mal te guardó.

Isab. ¡Mi dueña!

Ferriz. ¡Premio debido
á quien guardando un tesoro
mas rico que vida y oro
puso su precio en olvido!
¡Justo premio á la que impía
cuando debió defendella,
vendió la hermosa doncella
que era la esperanza mia!

Isab. ¡Me vendieron!

Ferriz. Este fue
(*Mostrándola el bolsillo y la sortija.*)
el precio del deshonor.

Isab. ¡Fui vendida...! ¡yo...! ¡qué horror!
¡yo que tan ciega le amé!
Cuando el corazon sin calma

por él se agitaba solo,
¿por qué recurrir al dolo
para arrebatarme el alma?

Ferriz. Isabel, ¿á qué ese llanto?
Isab. Padre... dejadme llorar.
Solo una vez supe amar,
pero esa vez... ¡amé tanto!
Ferriz. ¡Infeliz! (*Llaman á la puerta de la derecha.*)
Isab. ¿No oisteis?
Ferriz. Sí.
¿Quién es?
Lope. (*Dentro.*) Un hombre desea
hablaros.
Ferriz. Que no te vea.

(*Isabel se dirige á la puerta del fondo, pero don Ferriz la hace entrar por la izquierda.*)

No, no, Isabel... por allí. (*Don Ferriz abre.*)

ESCENA VII.

DON FERRIZ. DON LOPE.

Ferriz. ¿Lope? ¡vienes azorado!
¿por qué motivo...
Lope. A la puerta,
que vos dejasteis abierta,
seis hombres se han presentado.
Uno preguntó por vos
desenfadado en estremo.
Ferriz. Que entre al punto.
Lope. Yo me temo...
Ferriz. ¿Teneis miedo? ¡vive Dios!
Lope. Ya se entraron: ella es gente
(*Mirando desde la puerta.*)
que no gasta cortesía.
Mirad bien...
Ferriz. Por vida mia
que estais, Lope, impertinente.
Lope. Solo os dejo. (*Vase.*)

Ferriz. Que entre pues,
y no le hagais esperar:
veamos qué viene á buscar
con tono tan descortés.

ESCENA VIII.

DON FERRIZ. DON RAMIRO *y cinco hombres embozados.*

Ram. ¿Don Ferriz?
Ferriz. ¿Quién me llamó?
Ram. ¿Conocéisme?
Ferriz. ¿A vos?
Ram. A mí.
Ferriz. Presumo que nunca os vi.
Ram. Lo mismo presumo yo.
¿Sabeis á qué es mi venida?
Ferriz. Lo ignoro. (Sin duda es él.)
Ram. Vine aqui por Isabel;
por Isabel ó tu vida.
¿Lo oiste, viejo menguado?
Ferriz. ¡A aqueso venis agora!
Ram. Porque la infeliz me adora,
la habrás acaso enojado.
Ferriz. ¡Infame! ¡y osais mirarme
con tal descaro insolente!
habeis manchado mi frente,
¡y ahora venis á insultarme!
Ram. Acortemos el hablar,
que es ya tu charla prolija:
(*A una seña de don Ramiro los embozados se apoderan de don Ferriz.*)
tu hija me has de dar, tu hija,
ó puedes por tí rezar.
Ferriz. ¿Darla? no... llevadla vos,
pues que lo quereis asi.
Ram. ¿Mas dónde está? ¿dónde...?
Ferriz. Alli.
(*Señalando á la puerta del fondo.*)

(Don Ramiro se dirige á la puerta del fondo haciendo á los embozados una seña para que le sigan: estos dejan libre á don Ferriz, que entra por la izquierda cerrando tras sí la puerta. Al alzar don Ramiro el tapiz que oculta la del fondo se deja ver por ella un atahud alumbrado con cuatro hachas.)

Ram. ¡Viejo...! confúndate Dios.



ACTO TERCERO.

El obispo de Roda.

Una sala en el palacio episcopal de Roda, sencillamente amueblada. En el fondo una puerta, por la que se deja ver una dilatada galería. A la derecha una imagen de la Vírgen de los Dolores.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO *escribiendo en una mesa, donde habrá algunos libros.*

¡Cansado estoy! ya era tiempo...
(*Soltando la pluma.*)
pronto vino la mañana
y aun no he cerrado mis ojos,
porque sufriendo está el alma.
Asi mi vida se agota,
y lentas mis horas pasan
entre inútiles recuerdos
sin placer, sin esperanzas.
Recuerdos de hermosos dias
que en mi mente se resbalan
y mis sueños acarician
llenos de luz argentada.
Ilusiones son mis dichas
pasageras y livianas,
y está lleno el corazon
de realidades amargas.
¡Un atahud! ¡noche horrible!
un atahud la guardaba,

y en él para siempre está
mi ventura sepultada.
Me amó y murió... ¡flor hermosa
marchita en edad temprana,
que arrebató el huracan
tu corona perfumada!
Mi amor la ponzoña fue
que tu vida envenenara,
tú que naciste dichosa
bajo el techo de tu casa.
Tú que eras blanca paloma,
pura, angelical, sin mancha,
tú por mi amor has perdido
esa vida aventurada.
Amor nacido en mal hora,
y que aun me atormenta el alma,
donde tu imagen está
eternamente enclavada.
¿Y esa sangre... y esa sangre
que derramé...? no hay borrarla,
que es sordo el remordimiento
á la voz de mi plegaria.
Quédate allá en tu sepulcro
do en eterna paz descansas,
y no atormentes mi vida,
aterradora fantasma.
(*Queda sumergido en profunda meditacion.*)

ESCENA II.

DON RAMIRO. EL ABAD *de S. Pedro el viejo, y* FRAY PEDRO, *monge de la misma orden.*

Abad. ¡Temprano se ha levantado!
vedle allí... su vida pasa
en la oracion y el silicio,
ó comentando las sacras
escrituras.

Ped. ¡Ejemplar
es su vida!

Abad. Aun no repara
que estamos aqui... tal es
su abyeccion.
Ram. ¡Ah! ¿quién hablaba?
¿sois vos, abad?
Abad. Vine á veros
porque una noticia vaga
que interesaros pudiera...
Ram. Decid.
Abad. Llegó esta mañana
de Huesca un hombre que oyó
lúgubre son de campanas.
Ram. ¿Y qué?
Abad. Preguntó al instante
de tanto duelo la causa,
y dijéronle...
Ram. Acabad.
Abad. Que era el rey á quien lloraban.
Ram. ¡El rey mi hermano!
Abad. Y ha muerto
sin sucesion. Doña Urraca
partió á Castilla, y el trono...
Ram. Nuevas traeis bien amargas.
Abad. No hay mas sucesor que vos...
Ram. ¡Alfonso...! mucho le amaba.
Abad. ¿Veis? (*Aparte á Fr. Pedro.*)
Ped. (La ambicion no le inquieta.)
Ram. (¡La corona abandonada,
huérfano el trono! ¡hace tiempo
que con el trono soñaba!)
Abad. ¿Qué decis...
Ram. Yo nada digo,
sino que esa nueva infausta
me ha llenado de amargura...
diré hoy misa por su alma.
Decidla tambien, abad,
y vos, fray Pedro.
Ped. (¡Qué santa (*Al abad.*)
conformidad!)
Ram. Luego iré

á la catedral sin falta,
y allí os veré... Dios os guarde.
Abad. Él os conserve en su gracia.

ESCENA III.

DON RAMIRO.

¡Hay una corona, sí,
que de alto poder blasona
y puede ser para mí!
Yo me acuerdo que entreví
en el mundo esa corona.
Yo me acuerdo que soñaba
cuando del mundo cruel
el ancho escalon pisaba
que una corona adornaba
mi frente y la de Isabel.
Para ella sola, para ella
solo la anhelé sin duda;
mas ya que no puedo hacella
feliz, ¿qué importa á mi estrella
esa corona viuda?
¿Qué me importa? bien pudiera...
¡yo que despreciado fui
por el mundo en tal manera!
dejar al mundo quisiera
algun recuerdo de mí.
Mas no... ¡locura, locura!
yo que consagrado estoy
á esta horrible vida oscura,
yo, ¡desdichado! ¡yo soy
quien tales cosas procura!
Solo el pensarlo me aterra...
¡Reyes que en palacios de oro
mandais la muerte y la guerra,
que sembrais espanto y lloro
yermando impíos la tierra!
¿no es cierto que vuestra frente
acaso mancha el rocío

de sangre humana, inocente?
¿Qué es vuestro sueño sombrío
y vuestro velar doliente?
¿Qué importa que vuestra vida
se resbale hácia su fin
altanera y engreida
entre esa gloria mentida
y los brindis del festin?
Reyes de la tierra impía,
no envidia mi corazon
vuestra mundana alegría,
mientras piadosa María
oiga mi humilde oracion.
Que ya abjuré mis errores
en que viví torpe y ciego,
y los vivos resplandores
de esa corona de fuego
son mis encantos mejores.

(*Se oye tocar un clarin. Don Ramiro se levanta agitado.*)

Mundano placer me irrita,
mundana gloria me llama...
¿dime tú, Madre bendita,
por qué mi pecho se agita,
por qué mi frente se inflama?
Santa Vírgen dolorosa,
tu pura frente amorosa
ciñe con brillo luciente
dorada corona hermosa...
y no hay ninguna en mi frente.
Una corona brillante
y un alcázar opulento,
y hollar con mis pies triunfante
á un pueblo que alegre cante
con su esclavitud contento;
y ver á mis pies postrados
ricos y fuertes varones,
y arrastrar tras mis pendones
ejércitos de soldados
que den guerra á las naciones.

ESCENA IV.

DON RAMIRO. EL ABAD.

Abad. Aqui estan.
Ram. ¿Quién es?
Abad. Señor...
Ram. ¿Qué nuevas?
Abad. Ahora llegaron
entre confuso rumor
cien nobles que demandaron
de hablaros el alto honor.
Ram. Que entren pues.
Abad. Á sospechar
llegué de aquesta venida
que rey os quieren nombrar.
Ram. ¡Rey yo!
Abad. ¿Si quereis que impida...
Ram. No, no... dejadlos entrar.

ESCENA V.

LOS MISMOS: *en el fondo de la galería aparecen porcion de nobles, uno de los cuales trae un azafate cubierto con un paño ricamente bordado.* DON FERRIZ DE LIZANA. DON LOPE. DON PEDRO DE ATARES. DON FERNANDO DE LUNA. ORDAZ. GARCÍA DE VIDAURE *y otros.*

Lope. Seguidme.
Todos. Él es.
Ram. ¿Mas qué esto?
Lope. La nobleza de Aragon
es la que veis, que ya en Huesca
por su rey os aclamó.
Vuestro hermano don Alfonso,
nuestro monarca y señor,
pagó el tributo á la muerte
sin dejarnos sucesion.

El trono está abandonado
al ciego embate feroz
de ambiciosos que codician
su refulgente esplendor.
Mas nadie ocuparle debe,
don Ramiro, sino vos,
y por eso la nobleza
por su rey os aclamó.
Navarra alzó á don García,
y con estraño furor
huestes en el campo apresta
que fuertes y bravas son.
Rey, llevadnos á la lid
contra el torpe usurpador,
y defended la corona
que arrebataros pensó.

Ram. Navarra por don García
alzó rebelde el pendon,
dió su corona á otras sienes
en tanto que vivo yo.
Buscaremos al navarro
en sus montes, ¡vive Dios!
si medir su poder quieren
con mis bravos de Aragon.
¡Rebeldes! ¡oh...! ¿mas qué digo?
yo que un pobre monge soy,
de esa vanidad mundana
desprecio el falso esplendor.
Aqui vivo demandando
con fervorosa oracion
el perdon de mis delitos...
y la clemencia de Dios.

Ped. Sed nuestro rey, don Ramiro.

Ram. No me ciega esa ambicion.

Todos. Sed nuestro rey.

Ram. Dios lo sabe
que no lo codicio, no.
Empero si al arrancarme
de mi tranquila mansion
mas que á gozar de ese trono

á sufrir y á lidiar voy,
pronto me teneis... asi
tal vez lo ordena el Señor:
vuestro rey seré...

Todos. ¡Qué viva!

Abad. (¡Qué santa resignacion!)

Ped. Y nosotros os juramos
obediencia desde hoy;
mas recordad que ese trono
vuestra nobleza os le dió.
Vos tambien, rey don Ramiro,
juradnos que de Aragon
las leyes y privilegios
guardareis primero vos.
Asi, la corona os damos,
y si no lo jurais, no,
y quitárosla podemos
como á perjuro y traidor.

Ram. (¡Oh! ¡qué molesto discurso!)
Os juro en nombre de Dios
que en respetar esas leyes
el primero he de ser yo.

Ped. Dadme á besar vuestra mano
como monarca y señor.

(*Se van acercando algunos á besar la mano á don Ramiro. El caballero que trae el azafate le descubre, y en él se ven el cetro y la corona.*)

Ram. (Asi, nobleza orgullosa,
la frente humilla feroz:
asi mis plantas besando
postrada te quiero yo.)

(*Don Ferriz llega á besar la mano á don Ramiro.*)

Ferriz. Señor...

Ram. Alzad, anciano:
no permitiré...

Ferriz. ¡Gran Dios!

Ram. ¡Don Ferriz!

Ped. Besad la mano
del rey don Ramiro.

Ferriz. No.

Todos. ¿Qué decis?
Ferriz. Que no es mi rey
quien fé no tiene ni honor,
y mal un trono guardara
quien mal el honor guardó.
Ram. ¡Don Ferriz!
Ferriz. Alzad los ojos
y miradme sin rubor...
sin rubor como yo os miro,
porque honrado y noble soy.
Ram. Callad... callad... (*A media voz.*)
Ferriz. ¡No temais
que yo mi propio baldon
publique... ¡en un atahud
por siempre oculto quedó!
Ram. Es verdad...
Abad. Yo no comprendo...
Ram. Vámonos de aqui.
Abad. Señor...
Ram. Debe estar loco ese viejo.
Abad. Eso he presumido yo.
Ram. Vamos á Huesca.
Ferriz. ¡Estoy loco!
Ram. Y como tal mi perdon...
Ped. ¡Le perdonais! no, que sea
castigado cual traidor.
Ferriz. ¡Don Pedro!
Varios caballeros. ¿Traidor? ¡que muera!
Ram. Ya le he perdonado yo...
vamos.
Abad. Asi en la clemencia
son los reyes como Dios.

ESCENA VI.

DON FERRIZ. ORDAZ. DON FERNANDO *y otros.*

Ferriz. ¿No seguis al rey? ¿por qué?
dejadme solo, señores,
que os han de llamar traidores

como llamarme escuché.
Seguidle... besad la mano
de ese tirano sin ley,
que ciegos alzaron rey
y ha de oprimirnos tirano.

Ord. Lizana... ¡tambien ayer
vos le aclamasteis, por Dios!

Ferriz. No comprendeis esto vos,
ni nadie lo ha de entender.

Ord. Tus deudos somos; si pudo
de alguna ofensa capaz
hollar tus canas...

Ferriz. Ordaz,
de tu nobleza no dudo.
Pero permite que el labio
calle mi afrenta y mi duelo...
deja que remita al cielo
la venganza de mi agravio.

Ord. No, no...

Ferriz. Con necia esperanza
al hijo mio esperé;
que á su brazo confié
de mi ultrage la venganza.
Pero el tiempo pasa, y ya
se inclina mi frente al suelo
sin que me quede el consuelo
de que á su padre verá.
Ya no... que ha muerto tal vez
de la guerra entre el horror...
¡hijo de su padre, honor
y amparo de mi vejez!

Fer. No asi os aflijais, Lizana,
todos vengarte juramos.

Ferriz. ¿Lo jurais?

Todos. Sí, sí...

Ferriz. ¡Pues vamos...!
¿á qué esperar á mañana?

Ord. Fuera indiscrecion.

Ferriz. ¿Por qué?
ahora, para luego es tarde,

y si tú temes cobarde
déjame... yo le heriré.

Ord. Viejo Lizana, por viejo
ya no os respondió mi espada...

Ferriz. ¡Ordaz!

Ord. No... no os digo nada;
pero escuchad mi consejo.
A dos leguas de Monzon
teneis, Lizana, un castillo
con ancho foso y rastrillo
y muros que fuertes son.
Por algun tiempo esperad
en él, y allí nos veremos...
Vosotros... (*A los demas.*)

Todos. Todos iremos.

Ferriz. ¿Cuál es tu intento...?

Ord. Escuchad.
Vasallos al rey leales
defenderán su persona,
que halla siempre una corona
servidores y parciales.
Deudos y amigos reunamos
que resistan su poder;
esto, Lizana, ha de ser...

Ferriz. Sea pues.

Ord. Al rey sigamos.
Que no noten...

Ferriz. Partid pues.

Fer. No temas, noble anciano:
la cabeza del tirano
verás muy pronto á tus pies.

Ord. ¡Silencio! la comitiva
sale ya.

Ferriz. ¡Mísera grey!

Ped. (*Sale.*) Señores, que marcha el rey.

Ord. ¡Viva don Ramiro!

Todos. ¡Viva!

(*Se van todos por el fondo.*)

ACTO CUARTO.

Parte primera. — Una orgia.

Un salon de un castillo. En el fondo una puerta, otra á la izquierda, y á la derecha una ventana. En medio del teatro hay una mesa grande, cubierta con los restos de una cena y luces amortiguadas. Algunos de los actores que se hallan en la escena al levantarse el telon manifiestan embriaguez.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO. ORDAZ. GARCÍA DE VIDAURE. DON RUY JIMENEZ DE LUNA *y otros.* DON FERRIZ *está en la puerta de la izquierda.*

Ferriz. Pues como os iba diciendo,
(A don Fernando.)
para si alguno lo ignora,
decidles que con la aurora
hemos de partir.
Fer. Lo entiendo.
Ferriz. Que bien provistos esten
y reunan sus soldados.
Fer. Todos estan preparados,
y advertidos por mí.
Ferriz. Bien.
(Se va por la iquierda.)
Ord. ¿Qué dice el viejo?
Fer. Me advierte
que esteis prevenidos.

Ord. ¡Ya! (*Bostezando.*)
Fer. ¿Tienes sueño? ¡voto va!
Gar. ¡Te estás durmiendo!
Ord. De suerte
que como nada he dormido
y yo bebo de tal modo...
Gar. Dijeras que estás beodo
y es negocio concluido.
Ord. No digo tal...
Gar. ¡Calla, calla!
Ord. Y por Dios...
Fer. Vamos, ¿qué es esto?
¿vos airado y descompuesto?
Gar. Veremos en la batalla.
Ord. Si gustais, ¿á qué esperar
para probar alli el brio?
aqui ha de ser, señor mio.
Fer. ¿Qué no te quieres callar?
¡cara de zorro!
Ord. ¿Tambien
pretende el necio hidalguillo
morir dentro del castillo? (*Empuña.*)
Fer. Prueba á levantarte.
(*Quiere levantarse Ordaz, y vuelve á caer en su silla.*)
Todos. ¡Bien!
Ord. ¡Voto á Crispo...!
Fer. Calle el necio.
Ord. Si mi paciencia provoca,
que le he de cerrar la boca
porque no me hable tan recio.

ESCENA II.

LOS MISMOS. ALFONSO *y* BELTRAN *con los ojos vendados: entran por la izquierda acompañados de algunos soldados, que inmediatamente se retiran.*

Fer. ¿Llegamos ya?
Alf. Sí.
Bel. Bien puedo

quitarme la venda entonces.

Fer. Sí podeis.

Alf. Enhorabuena. (*Se quita la venda.*)

Fer. ¿Sois de los nuestros?

Alf. Soy noble.

Fer. Y por lo tanto...

Alf. Enemigo
del rey don Ramiro el Monge.

Fer. ¿Fiel?

Alf. Mis hechos os dirán
si á mi oferta corresponden.

Fer. Vuestro amigo...

Alf. Es otro yo.

Fer. Eso basta.

Ord. ¿Le conoces? (*A García.*)

Gar. No.

Ord. Ni yo: será sin duda
algun hidalgüelo pobre
que quiere medrar... ¡Amigo! (*A Alfonso.*)
habeis llegado á los postres,
y lo siento, porque...

Alf. ¡Gracias!

Fer. Ordaz, callad por San Jorge.

Ord. No callo.

Fer. Sois pertinaz,
y vais á hacer que me enoje.

Ord. Como gusteis. Dadme acá (*A Alfonso.*)
la mano, gallardo jóven;
quiero ser muy vuestro amigo,
que me ha agradado su porte.

Fer. No hagais caso.

Alf. Esta es mi mano...

Ord. Los cumplimientos acorte,
que eso me basta... brindemos
por nuestra amistad conformes.

Alf. Perdonad.

Ord. ¿No sois acaso
aficionado? (¡Pobre hombre!)
como aun sois mozo...

Alf. Tal vez...

Ord. A mí me agrada el desorden
y el vino de las orgias,
y las báquicas canciones.
Nada hay mas bello que oir
ese bullicio discorde,
ese rumor infernal
de las copas y las voces.
O bien si á ciegas camino
en medio de escura noche,
me agrada ver á lo lejos
gótica opulenta torre
rojas luces exhalando,
que en el pálido horizonte
tal vez del cielo parecen
fantásticos resplandores.
Y allí hay un festin, allí
pasan las horas veloces
entre la risa y el vino,
y entre lúbricos amores.
Mi divisa es disfrutar,
que para esto nació el hombre:
mañana... será otro dia...
tal vez mañana me ahorquen.
Gar. ¿Qué dices?
Ord. No es muy dificil,
que á los que conspiran...
Gar. ¿Oyes?
tienes razon: por si acaso,
bebed y cantad, señores.
Fer. Callad, ya basta de canto.
Ord. ¿Y qué hemos de hacer entonces?
Fer. Dormir: bien lo necesita
ese pellejo de aloque.
Ord. ¿Me insultais?
Fer. Yo no os insulto.
Ord. Métase en lo que le importe,
ó voto á brios...
Fer. ¡Eh! callad,
y Dios os dé mala noche.
Caballeros, que me sigan

unos pocos.

Alf. Si dispone
de los dos...

Fer. Ahora no; al alba
ya oireis del clarin el toque.

ESCENA III.

ALFONSO. BELTRAN. ORDAZ. GARCÍA. *Estos dos últimos se han dormido en sus sillas. Un momento de silencio.*

Alf. ¿Duermen ya?

Bel. Duermen.

Alf. ¿Sabeis
dónde estamos?

Bel. No por cierto.

Alf. Ni yo.

Bel. Con ojos vendados
á este lugar me trujeron.

Alf. Y á mí tambien.

Bel. Mas no debe
la ciudad estar muy lejos.

Alf. A dos horas de Monzon
calculo.

Bel. ¿Y cómo daremos
aviso al rey?

Alf. Eso es
dificil.

Bel. Tambien lo creo.

Alf. Esperad... una ventana
(*Se dirige á la derecha, y abre la ventana.*)
hay aqui.

Bel. Pues bien, saltemos.

Alf. Id solo vos.

Bel. ¿No venis?

Alf. No, Beltran, yo aqui me quedo.
Tal vez despues acontezca
algun suceso...

Bel. Lo entiendo.
Atemos estas dos bandas,
porque está lejos el suelo,
y armad una flecha... asi,
que allí un centinela veo.
Alf. Despachad. (*Baja Beltran.*)
Dentro. ¿Quién va?
Bel. Tiradle.
(*Alfonso dispara.*)
Dentro. ¡Ay!
Bel. ¡Buen ojo!
Alf. Cayó muerto.
Bel. Es asunto concluido. (*Desde abajo.*)

ESCENA IV.

ALFONSO.

Libre está, gracias al cielo.
Ya no tardará en saber
el rey... ¡cómo duermen! ¡bueno!
¡el despertar será horrible
cuanto es apacible el sueño! (*Pausa.*)
Ya estoy al fin en mi patria...
ausente por largo tiempo
lejos de ella suspiré
en mazmorras y desiertos.
Ni aun vi á mi padre; lidiando
contra el feroz agareno
al lado del rey, su vida
salvé de inminente riesgo.
Preciado de mi valor
honores me ha dado y premios
sin saber quién soy... mi origen
siempre le tuve encubierto.
Ahora me mandó tuviese
en cuenta á los descontentos,
y aun no pude ir á estrechar
á mi padre... ¡pobre viejo!
¡Cuánto por mí habrá llorado!

y acaso me juzga muerto...
pronto me verá... de gozo
siento estremecerse el pecho.

ESCENA V.

ALFONSO. *La puerta del fondo se abre, y aparece en ella* ISABEL *vestida de blanco con una luz en la mano. Se adelanta á la escena, pálida, y manifestando en sus miradas y ademanes un completo delirio.*

Alf. ¡Ilusion! ¿no es Isabel...?
ella es sin duda, ó su sombra.
¡Isabel!
Isab. ¡Ay! ¿quién me nombra?
Alf. ¡Hermana! ¡hermana!
Isab. No es él.
(*Mirándole con ojos estúpidos.*)
¡Hay tantos hombres aqui!
(*Coloca la luz sobre la mesa.*)
quizá será aquel.
(*Se dirige á Ordaz, y le toca la frente y las manos.*)
Alf. ¡Dios mio!
no me conoció.
Isab. ¡Está frio!
muerto tal vez... ¡ay de mí!
Alf. ¡Ah! su estraña aparicion
en este lugar me pasma.
Ord. ¡*Vade retro*, la fantasma!
(*Pasándose las manos por los ojos.*)
¡Uf! ¡qué horrorosa vision!
Isab. ¡Dios de amor, no es él tampoco!
Alf. ¡A quién busca, desdichada!
Ord. ¡Si es un alma condenada...!
¡Centinela!
Alf. Calla, loco.
Ord. Pero no le han de valer
sus mañas... ¿han visto tal?
alma en pena, tal por cual,
váyase, ó tendrá que ver.
(*Se queda otra vez dormido.*)

Isab. ¡Ninguno! ¡eterna afliccion!
¿goza ya, Dios inefable,
de la vida perdurable
en tu celeste mansion?
¿No existe ya para mí?
¿No he de hallarle en esta vida,
donde le busco afligida,
donde le amé y le perdí?
¡Oh! que entonces fuera yo
solitaria en este mundo,
el recuerdo moribundo
de una dicha que pasó.

Alf. ¡Es un delirio! no sé
lo que me pasa...

Isab. Ven, corre...
de esta misteriosa torre
por tu vida sácame.
Aqui han pasado mis dias
en lágrimas y querellas,
y en recordar horas bellas
he pasado horas impías.
Siéntate... ¿quieres saber
cuánto he sido desgraciada?
¿por qué vive aqui encerrada
esta infelice muger?

Alf. Sí... dímelo.

Isab. Pues escucha,
y guárdalo en tu memoria,
porque es horrible mi historia
y mi desventura es mucha.
En años mas tiernos
dichosa viví...
aquella era vida,
y aquesto es morir.
Mi edad, era hermosa,
la edad del abril,
y entonces reía
tranquila y feliz.
Tranquila, mas luego
por mi mal oí

de un doncel las quejas,
que era un serafin.
Apuesto y bizarro,
de talle gentil,
con ojos de amores
y blando reir.
Sus quejas me hirieron,
y le amé por fin...
lloraba, y yo nunca
de diamante fui.
Al yugo de amores
rendí la cerviz,
y blanda á su halago
feliz sonreí.
Mas ¡ay! desde entonces
sin calma, infeliz,
en prision estrecha
me consumo aqui.
Mi tez se marchita,
mi tez de jazmin,
y lloran mis ojos
ajándose asi.

Alf. ¡Dios justo!

Isab. ¡Silencio!
ya vienen... ¿no oís?
(*Se levanta y se dirige al fondo.*)

Alf. ¡Hermana!
(*La detiene tomándola una mano.*)

Isab. ¡Soltadme...!
rumor suena alli.

Alf. Espera.

Isab. Es mi tumba,
(*Abre la puerta del fondo, y entra por ella cerrando tras sí la puerta de golpe.*)
que se vuelve á abrir.

ESCENA VI.

ALFONSO.

Isabel... ¡si estoy soñando!
óyeme, Isabel... hermana.

Isab. (*Dentro.*) Sacadme de aqui.

Alf. Si, si...

(*Empuja la puerta.*)

está por dentro cerrada.
¿Y quién es el atrevido
que en esta torre te guarda?
¡y mi padre...! ¡qué sospechas!
y habrán hollado sus canas.
Echaré al suelo la puerta,
que por Dios que he de librarla
aunque del mundo el poder
y el infierno la guardara.

ESCENA VII.

ALFONSO. DON FERRIZ.

Alf. ¡Padre! ¡padre! ¿vos aqui?

Ferriz. ¡Hijo, mi sola esperanza,
mi único apoyo! en buen hora
te trajo Dios á tu casa.

Alf. ¿Qué decis?

Ferriz. Tú que mi nombre
has heredado sin mancha,
tú que le conservas puro,
ven á cumplir mi venganza.

Alf. Venganza... ¿de quién?

Ferriz. Tu padre,
es tu padre quien te habla,
con el corazon herido
y la frente deshonrada.

Alf. ¡Padre!

Ferriz. Lo veo... tus ojos

con ciego furor se inflaman.

Alf. Acabad pronto.

Ferriz. ¡Hijo mio!

Alf. ¿Vos deshonrado?

Ferriz. Tu hermana...

Alf. Ea, acabad, vive Dios,
que mi paciencia se acaba.
Mi hermana...

Ferriz. Un vil seductor
mancilló su virtud casta.

Alf. ¿Y no ha muerto?

Ferriz. Ya mi brazo
sostiene apenas la espada.

Alf. ¡Vive aun! decid su nombre.

Ferriz. Es de muy noble prosapia.

Alf. ¡Oh! tengo sed de su sangre:
sea quien fuere.

Ferriz. ¿Y si llevara
una corona en su frente?
¿si por dicha...

Alf. Entiendo, basta.

Ferriz. ¿Temes?

Alf. ¡Me dais compasion!
¿yo temer á quien me agravia?
Me agrada tal enemigo
con la frente coronada.

Ferriz. ¿Le herirás?

Alf. Sí, le heriré
aunque piedad me implorara
por mi madre y por su gloria...
aunque indefenso á mis plantas
compasion me demandase,
indefenso le matara.

Ferriz. ¡Bendígate Dios, Alfonso,
que mis pesares halagas!
por San Juan que tienes brios...
¡Bien hayas, hijo del alma!

Una voz dentro. ¡Alerta!

Alf. Gran Dios...

Ferriz. ¿Qué tienes,

Alfonso?

Alf. Ya me olvidaba.
Huid, huid, ó por Dios
que os perdeis.

Ferriz. ¿Pero qué causa...

Alf. El rey ya sabe que aqui
descontentos se juntaban,
y á mí me mandó esplorar...

Ferriz. ¡A eso viniste á tu casa!

Alf. ¿Esta torre...

Ferriz. El rey Alfonso
en premio de mis hazañas...

Alf. ¡Oh! ¡desdichado de mí!
huid, señor.

Dentro. A las armas.

Ferriz. No es tiempo.

Dentro. ¡Traicion! ¡traicion!

(*Algunos de los conjurados salen y toman sus armas precipitadamente.*)

Alf. ¡Señor!

Ferriz. ¡Hijo!

Alf. Esta ventana...
(*Aparecen en la ventana soldados con luces.*)
yo os defiendo. (*Saca la espada.*)

Voces. ¡Arriba! ¡arriba!

Uno. Si resisten, todos caigan.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. *Despues* ISABEL. *Multitud de soldados entran por la ventana y puerta de la izquierda, desarmando á los conjurados y rodeándolos, como tambien á* DON FERRIZ.

Ferriz. No es oportuna ocasion:
guarda, hijo Alfonso, tu espada.
Asi, ni salvas mi vida
ni das á tu honor venganza.

(*Van á salir de la escena, y aparece Isabel en la puerta del fondo. Al ver que se llevan á don Fer-*

riz se lanza á los soldados, y Alfonso la detiene.)

Isab. ¡Padre mio! libertadle...
se le llevan...

Alf. ¡Desgraciada!

Un soldado. ¡Buena pesca!

(Dos soldados van á apoderarse de Isabel, pero Alfonso se interpone y los rechaza con la espada.)

Otro. Sí, por vida.

Alf. Silencio y atras, canalla.



PARTE SEGUNDA.

La campana de Huesca.

El teatro representa una gran plaza en la ciudad de Huesca, en cuyo fondo se ve la fachada principal del palacio de don Ramiro.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO DE LUNA. ALFONSO DE LIZANA *y gente del pueblo formando diferentes grupos.*

Alf. ¿Qué haceis aquí?
Fer. Lo que vos.
Alf. ¿Y no temeis que os conozcan?
Fer. Y bien...
Alf. Vuestra vida acaso...
Fer. Nada la vida me importa.
Todos en prision oscura
estan... y si no se logra
salvarlos hoy, ya mañana...
Alf. Pediré al rey que me oiga.
Yo la vida le salvé...
Fer. Don Ramiro no perdona.
Alf. Será preciso...
Fer. Agitar
esas masas tumultuosas,
á esos nobles que le temen,
y á ese pueblo que le odia.
Alf. ¿Esperais...

Fer. Venid y oireis.

(*Se acercan á un grupo.*)

Uno. Dices bien, y el que soporta
tan infame esclavitud...

Otro. No hableis alto, que no os oigan.

(*Se acercan don Fernando y Alfonso á otro grupo.*)

Uno. Ese maldecido monge
que á reinar vino en mal hora...

Fer. ¿Lo oís?

Alf. Sí...

Fer. Necios seremos
si esta ocasion se malogra.

Alf. Los soldados...

Fer. No hay soldados
contra un pueblo.

Alf. Bien... ¿y ahora...?

Fer. Por las calles encendamos
el fuego de la discordia,
y haced que todos armados
hácia aqui en tumulto corran.
No hay mas medio... á la cabeza
de la multitud furiosa
á ese tirano arranquemos
la vida con la corona.

Alf. Sí, la corona y la vida,
aunque con mi sangre toda
tenga que comprarla.

Fer. ¡A Dios!
Valor...

Alf. ¡Oh! nada me asombra.

Fer. Y venganza.

Alf. Sí, Fernando,
pero venganza horrorosa.

ESCENA II.

LOS DEL PUEBLO.

Uno. ¿No has reparado... (*A otro.*)

Otro. Parece

que escuchaban.

Otro. ¿Y qué importa?
no siempre hemos de callar:
y si esos nobles se enojan...

Otro. Pienso al contrario que oían
con mucho gusto...

Uno. ...¡En buen hora!
En ese caso... ...

Otro. ¿Sabeis
que en todo él pueblo se nota
el disgusto que le causa
del monge rey la persona?
He visto algunos con armas...

(*Entran en la escena algunos del pueblo armados.*)

mirad... ¿no veis esas olas
que en tumulto y herizadas
de hierro vienen agora?

Otro. Funcion tenemos.

Otro. Yo voy,
señores, por mi tizona... (*Se va.*)

Armado 1.° Por vida que tarda el monge.

Otro. ¿Qué pensais hacer?

Armado 1.° Es cosa
en que no he pensado aun.

Armado 2.° Si con intencion traidora
para mas gravar al pueblo
reunió las cortes.

Armado. 1.° No importa.
Si eso hiciere, si insultase
al pueblo que ya le odia,
hemos de entrar en palacio...

Todos. Eso, eso...

ESCENA III.

LOS MISMOS. ALFONSO.

Uno. Que hay quien oiga.

Armado 1.° Ese es nuestro, no temais.
Acercaos...

Alf. ¿ Es gente toda...
Armado 1.° Á vuestro servicio.
Alf. Bien.
Todo el pueblo está en zozóbra,
y todos armados vuelan
á unírsenos.
Uno. Si se logra...
Alf. Entramos en el palacio...
alli el oro se amontona
que el sudor de vuestras frentes
para un tirano atesora.
Y ese oro vuestro será,
y vuestra será la gloria
de haber salvado á Aragon
de esclavitud afrentosa.
Todos. Sí.
Alf. Romperemos las puertas
sin que ninguno se oponga,
que nadie habrá que se atreva
de vuestro valor en contra.
Si amigos tiene y soldados
que defiendan su persona,
en nuestras manos hay hierro,
que contra un tirano sobra.
Vereis desaparecer
á vuestra amenaza sola
esos nobles y esas huestes
cobardes porque se compran.
Valor, que la recompensa
la tendreis en la victoria,
y partireis sus riquezas
y el oro de su corona.
Todos. Bien, bien.
Alf. No perdais de vista
el palacio, y por ahora
hasta que dentro esté el rey
disimular nos importa.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Se dividen otra vez en grupos que discurren por la plaza guardando un profundo silencio. Poco despues salen EL REY, DON PEDRO DE ATARES, DON LOPE *y otros varios caballeros. Delante del rey vienen los reyes de armas, que abren paso por medio del pueblo.*

Ram. Sí, don Pedro; tiempo es ya
de que sientan mi rigor...
Ped. Miraos en ello, señor.
Ram. No, no; decidido está.
Conspiran con odio fiero,
y ni aun su rencor me ocultan...
y todos, todos me insultan,
el noble como el pechero.
Pues bien, conozcan que soy
cruel, porque me obligaron,
y esos que asi me insultaron,
besen mis pies desde hoy.
Ped. ¿Mas no pensais...?
Ram. Nada pienso.
Ped. ¿Su sangre vertereis vos...?
Ram. Porque justiciero es Dios
le dan los hombres incienso.
Mirad... el pueblo aprendió
de esa orgullosa nobleza
á erguir tambien la cabeza,
y no he de sufrirlo, no.
Harto por mi mal piadoso
con esos rebeldes fuí...
harto tiempo ya sufrí,
y es fuerza ser riguroso.
Esto mi deber exige,
y mi decoro tambien.
¿Lo habeis oido?
Ped. Está bien.
Ram. ¿Y habeis hecho lo que os dije?

Sentirlo habreis como note
alguna omision.

Ped. (¡Qué afan!)
Ya preparados estan
el verdugo y sacerdote.

Ram. ¡Eso he mandado!

Ped. Asi os plugo,
y asi lo he dispuesto ya.

Ram. Bien... ¿pero pensais que habrá
bastante con un verdugo?

Ped. (¡Santa Bárbara!) Advertid...

Ram. Uno habeis llevado vos,
mas necesito otros dos.

Ped. Voy á buscarlos. (1) ¡Oid!

Ram. Pronto... ¡si el tiempo malgasta...!

Ped. ¿Quereis que traiga quizás
algun sacerdote mas?

Ram. No; de sacerdotes, basta.

(*Se va don Pedro por la derecha. Don Ramiro se dirige á los grupos.*)

Alejaos: nadie sea osado
junto al templo de la ley
á insultar... (*Murmullos en los grupos.*)

Lope. La esclava grey
orgullo ostenta sobrado.

Ram. Callad, que ya temblarán:
seguidme.

Lope. ¡Mas sin castigo
dejareis...

Ram. Venid conmigo,
que esperándonos estan.

ESCENA V.

LOS DEL PUEBLO. *Despues* ALFONSO *y* DON FERNANDO.

Uno. Ya veis que no se atrevió.

Otro. ¿Cómo atreverse...? ¡pardiez!

(1) *Hace que se va, y vuelve.*

De nuestro enojo tal vez
vil y cobarde tembló.

Uno. Dicen que quiere fundir
una campana famosa
de luenga voz espantosa
que toda España ha de oir.

Otro. ¡Pobre monge! está ya loco,
y dar en tal devaneo...

Otro. No es sino tonto.

Otro. Yo creo
que tiene de todo un poco.

Fer. Somos por demas sufridos:
desde que el trono ocupó,
ni una batalla se dió
que no fuésemos vencidos.

Uno. Nunca le debió ocupar
si era cobarde y negado.

Alf. Que era igual creyó el menguado
el reñir como el rezar.

(*Un capitan sale con algunos soldados del palacio, y atraviesa por medio de los corrillos.*)

Capitan. ¡Silencio!

Uno. ¡Calle...! por Dios
que es buena.

Capitan. No metan bulla...
atras.

Uno. ¡Muera el rey Cogulla!
(*Se esconde entre los demas.*)

Capitan. Palo en ese, voto á brios.

Soldado. Se escurrió.

Capitan. Si alguien se mueve...

Alf. Pues cuenta, seor capitan,
que si os propasais...

Capitan. ¿Qué harán?

Fer. Veremos el que se atreve.

Uno. Bien dicho.

Capitan. Atras, y otra vez...

Alf. Cuidad que si mucho hablais...

Capitan. ¿Vos la defensa tomais
de esa canalla soez?

:

Todos. Muera.

Capitan. Cobardes, llegad.

(*Van á arremeterse, cuando don Pedro seguido de dos verdugos atraviesa la multitud. Los del pueblo retroceden espantados, y abren paso á los tres, que entran pausadamente en el palacio.*)

Uno. Silencio, silencio...

Otro. ¿Pues
qué te ha espantado?

Uno. ¿No ves...?

Alf. ¡Fernando! ¡mirad, mirad...!

Fer. Salvarle es fuerza.

Alf. Sí, luego;
seguidme, y venza el valor,
y ese palacio de horror
llevemos á sangre y fuego.
¡No os atreveis...! ¡vacilais...!

Fer. Volemos...

Alf. Sí, luego es tarde...
el monge tiembla cobarde
y nos teme... ¿á qué esperais? (*Murmullos.*)

(*En el balcon del palacio aparece un pregonero, que lee lo siguiente.*)

"Esta es la justicia que manda hacer el rey don Ramiro II de Aragon y Navarra en la persona de don Ordaz, y es que sea degollado como traidor á su patria y á su rey."

Uno. Es horrible.

Otro. ¡El monge es este
que sabe solo rezar!

Uno. Silencio y no murmurar...
si nos oyen...

Otro. ¡Mala peste!

Alf. ¡Todos tiemblan! padre mio...
¿y pensais que sea capaz... (*A don Fernando.*)

Fer. ¿No oisteis...? ya don Ordaz...
(*Se oyen las campanas que doblan.*)

Alf. Ha muerto ya... ¡monstruo impío!

(*Vuelve á asomarse el pregonero, y lee.*)

"Esta es la justicia que manda hacer el rey don

Ramiro II de Aragon y Navarra en la persona de García de Vidaure, y es que sea degollado como traidor á su patria y á su rey."

ESCENA VI.

DON RAMIRO, *precedido de los reyes de armas y seguido de los caballeros, sale del palacio. El pueblo se va retirando de los reyes de armas, que amenazan á los que no se apartan con prontitud.*

Ram. Que nadie se acerque á mí...
¿qué dice ese pueblo ahora,
que con altivez traidora
osó amenazarme asi?
Ya lo llegasteis á ver:
esto seré desde hoy...
haceos atras; ya no soy
el que insultabais ayer.
Una campana ofrecí
hacer: lo cumplí, señores;
de cabezas de traidores
fundiéndola estan allí.
Ya no es el rey que perdona
del pueblo sujeto al yugo,
que de hoy mas, habrá un verdugo
que vele por mi corona.
Atras, canalla sin ley,
que ya mi venganza truena...
(*Doblan las campanas.*)
Atras, que el rey os lo ordena.
Reyes de armas. Fuera el pueblo.
Todos menos Alf. y Fer. ¡Viva el rey!
(*Se van marchando todos los del pueblo.*)
Ram. ¡Pronto, por Dios, has mudado
de condicion, pueblo mio!
¡me aclamas monarca impío,
y blando me has insultado!
Doblas la frente cobarde
victoreando á la muerte...

Tarde llegué á conocerte,
mas para tu mal, no es tarde.
Pronto se apagó tu encono:
¡ah! puedo al fin respirar,
que el rey que te hace temblar
temblaba ayer en su trono.
Sufrir es ya tu deber,
pues que tan ciego anduviste,
pueblo, que no conociste
mi flaqueza y tu poder.
Por eso crecen tus penas,
por eso se hunden tus leyes,
por eso cantan los reyes
al rumor de tus cadenas.
Con miedo tus ojos ven
esta corona brillante,
y un soplo tuyo es bastante
á arrancarla de mi sien.
Cuando te alzas tiemblo yo,
y tu temor es mi imperio,
pero este fatal misterio
no lo sepas, pueblo, no.

Una voz dentro. Piedad, don Ramiro.

El pregonero. "Esta es la justicia que manda hacer el rey en la persona de D. Ferriz Maza de Lizana."

Alf. ¡Ois!

Preg. "Por traidor á su patria y rey."

Alf. ¿Esto para mas dolor...?

(*Empuña, pero don Fernando le detiene, y los reyes de armas le amenazan.*)

mi padre no fue traidor...
como un villano mentís.



ESCENA VII.

LOS MISMOS. ISABEL *desgreñada y pálida: al salir á la escena la detiene Alfonso, de modo que solo él y don Fernando puedan verla de los que estan en la escena.*

Isab. ¡Piedad! mi padre... ¡piedad...!
(Doblan otra vez las campanas.)
Alf. Calla, infeliz; ya no existe.
Ram. ¡Esa voz...! ¡recuerdo triste...!
¡Si es voz de la eternidad!

(El rey con los suyos se va por la derecha. Isabel ha caido de rodillas á los pies de su hermano, y don Fernando permanece inmóvil cerca de ellos. Cae el telon.



ACTO QUINTO.

La Confesion.

Una capilla en el monasterio de San Pedro el viejo de la ciudad de Huesca. En el fondo un altar, y á la derecha un confesonario. Dos puertas, una á la izquierda y otra en el lado opuesto, pero cerca del fondo.

ESCENA PRIMERA.

EL ABAD *y* UN RELIGIOSO.

Abad. ¿Eso pasa? ¿Fray Ramiro
ninguna esperanza da?
Rel. Ninguna, padre; creciendo
va por instantes su mal.
Abad. Bien lo temí... siempre vive
sumido en hondo pesar,
que su vida lacerada
mortifica mas y mas.
Y la vigilia, el silicio...
Rel. Siempre en oracion está,
y mas que en su celda, pasa
su vida junto al altar.
Abad. Es un santo.
Rel. Mas se niega
con obstinacion fatal
á poner á sus dolencias
algun remedio.
Abad. Serán
sus dolencias muy mas graves
que las del cuerpo quizá.

Su melancólico rostro
y su siniestro mirar
revelan dentro del alma
alguna pena fatal.
Mas de una vez, en sus ojos
busqué con inquieto afan
algun oculto misterio,
y triste le vi llorar.
¡Le compadezco! Tal vez
como es de carne mortal
delitos llora, y procura
sus delitos olvidar.
Acosado sobre el trono
de horrible pena voraz,
del mundo huyó, y aqui viro
su dolor á sepultar.
Rey fue, y los reyes un dia
estrecha cuenta darán
de sus acciones: acaso...

Rel. Vedle alli, que viene ya.

Abad. Dejadnos solos.

(*Sale don Ramiro, y se dirige hácia el altar.*)

Rel. ¿No os dije?
ya se dirigió al altar.

ESCENA II.

DON RAMIRO. EL ABAD.

Abad. ¡Hermano!

Ram. ¡Vos! ¿Sois vos?

Abad. Nunca os hubiera
interrumpido asi, pero es forzoso
que hablemos.

Ram. ¡Es forzoso!

Abad. Vuestros males
crecen, y acaso de la eterna vida
pisais, Ramiro, el escalon primero.

Ram. ¡Dios lo quiera!

Abad. ¿Por qué?

Ram. La vida es bella
para el que goza y rie sin dolores,
sin este padecer negro y eterno...
para el que sufre como yo, la vida
es un preludio horrible del infierno.
Abad. ¡Hermano!
Ram. Y la oracion, el llanto acerbo
á conmover á Dios aun no bastaron,
y mil sombras horribles noche y dia
á los pies del altar me amedrentaron.
Ya perdí mi esperanza; Dios no quiere
que en tranquila vejez llore mis culpas...
¿qué ha llorar el que sufriendo muere?
Abad. Callad... ¡me horrorizais...! ¿asi del cielo
desconfiasteis...?
Ram. Sí, porque ya es tarde
para esperar.
Abad. Agradecer debierais
esos males que Dios para probaros
os envió tal vez.
Ram. Es tarde, os digo,
y no teneis en esto que cansaros.
¿Por qué quiso el Señor asi probarme
con males que á mis fuerzas escedian,
y vida y fuerzas agotar habian?
Abad. Es del Señor la voluntad suprema,
y murmurar no debe, que es un crimen.
El justo sufre, el pecador blasfema.
Ram. ¡Blasfemia! ¡es ese el infernal consuelo
del que á sufrir sin tregua condenado
por la piedad de Dios vino á este suelo!
Y otros felices al nacer al mundo
huellan tal vez entapizada senda
de jardines, de risas y de amores...
y yo desde la cuna moribundo
hallé una senda triste, oscura, estrecha,
y espinas y dolor en vez de flores.
Allá muy lejos como luz del cielo
una hermosa ilusion encantadora
soñando vislumbré, y esa luz bella

me reveló que el mundo era apacible;
¡un mundo de placer...! para mí entonces
era un caos tenebroso, incomprensible.

Abad. Lleno de engaños, sí, que al hombre halagan;
pero corrompen su salud eterna
con mentirosos sueños que embriagan.

Ram. Si esa vida es un sueño, si es un sueño
ese mundano amor que al alma inspira,
¡qué bello es el soñar, aunque es mentira!

Abad. ¡Ramiro! ¿qué decis?

Ram. ¡Sombra inocente!
tú que por mí sufriste sin ventura
sacrificada á mi fatal delirio...

Abad. Hermano...

Ram. ¡Por mi amor llevó al sepulcro
la ensangrentada palma del martirio!

Abad. ¡Cosas estrañas me decis!

Ram. Es cierto...
horribles en verdad.

Abad. Murió.

Ram. Sí, padre...
ella murió, mas su asesino ha muerto.

Abad. Bien haceis en rezar: tantos delitos
bastan apenas á borrar las preces,
y el llanto y el silicio... solo os dejo.

Ram. ¡La gloria al menos de la eterna vida
no me niegue el Señor!

Abad. Mucha es su gracia,
y nunca al hombre en su miseria olvida.

ESCENA III.

DON RAMIRO.

No puede olvidarme, no;
injusto fuera y cruel
cuando el triste ser me dió,
si á este mundo me arrojó
para condenarme en él.
¡Y quién sabe! negra idea

como un abismo profundo
que en vano mi afan desea
penetrar... acaso el mundo
la mansion postrera sea.
La vida es sueño ilusorio
que á instantes huyendo va,
¡y quién sabe si será
un infierno transitorio
que á otro infierno paso da!
¡Quién sabe si nuestra vida
horriblemente agitada
una gloria es sin medida,
á otra vida comparada
cuán triste, y que aun no es venida!
¡Qué digo! yo desvarío,
yo de un justo Dios blasfemo
con negro sarcasmo impío,
y ni su justicia temo,
ni temo su poderío.
Perdon, perdon... yo nací
(Va hácia el altar, y se arrodilla.)
con tan desdichada suerte
y tantas penas sufrí...
ya no me aterra la muerte,
pero tu justicia, sí.
(Queda sumergido en profunda meditacion con la frente inclinada sobre el altar.)

ESCENA IV.

DON RAMIRO. ISABEL: *esta viene cubierta con un largo velo negro. Se dirige al altar.*

Isab. ¡Padre!
Ram. ¿Quién sois vos?
Isab. Yo soy
una muger desdichada
que os demanda atribulada
confesion.
Ram. Al punto voy
á buscaros, la enlutada.

Isab. Halle yo al menos perdon,
(*Acercándose al confesonario.*)
y luego al instante muera.
¡Dios vea mi contricion,
y en premio á tanta afliccion
su gracia otorgarme quiera!
Este santo religioso
va á horrorizarse sin duda,
que en el claustro silencioso
contra ese mundo engañoso
su propia humildad le escuda.
(*Arrodillándose junto al confesonario.*)

Ram. ¡Hija! ya os escucho; hablad...
(*Se levanta, y va á sentarse en el confesonario.*)
decid vuestras culpas.

Isab. Sí,
oidme por caridad,
que si es grande mi maldad
harto desdichada fuí.
Porque el hombre del dolor
hirió mi frente amarilla
con un suspiro de amor,
y me cubrió de mancilla
con su aliento corruptor.
(*Pausa.*)

Nací dichosa y en hidalga cuna,
y hermosas envidiaron mi beldad;
querida de mis padres cual ninguna
crecí feliz en mi primera edad.

Lisonjeras caricias amorosas
me trajo con su ardor mi juventud;
yo las oí... ¡caricias engañosas
que llenaron mi pecho de inquietud!

Yo las oí, cuitada, sin recelo,
y desde entonces, desde entonces fué
cuando agitada en eternal desvelo
horas sin cuento de dolor pasé.

Pequé, y mis ojos sin cesar lloraron,
pero lloraron el perdido amor,
y en la noche mis sueños resbalaron

llenos de su recuerdo encantador.
    Mas tanto padecer y tanto lloro
no pudieron su imagen destruir,
y peno y sufro, y mi pesar devoro,
y hasta hallarle otra vez, temo morir.

Ram. ¡Asi pasan por la vida
una tras otra ilusion,
que con belleza mentida
dispiertan del corazon
la esperanza adormecida!
y palpitando y ardiente
se arrastra el afan del hombre
tras de un fantasma luciente,
tras de una cosa sin nombre,
sueño tal vez de su mente.
El alma luego cansada,
y en negras sombras perdida,
vuelve á vagar en la nada
al mirar desvanecida
su bella ilusion dorada;
y esto, muger, es vivir...
esperar siempre ó gemir
en sueño triste ó risueño,
y tener miedo al morir,
aunque este es el fin del sueño.

Isab. Pequé, pero insensata amé el pecado
que no supe á su halago resistir,
y en ardiente placer embriagado
sentí en mi pecho el corazon latir.
    Y dia y noche en veladora cuita,
de santo altar arrodillada al pie,
á aquella Madre del Señor, bendita,
por el ingrato sin cesar rogué.
    Yo que he llenado de amargura y duelo
de un triste padre la infeliz vejez,
yo que le abrí la tumba, ¡santo cielo!
no maldije mi amor sola una vez.
    ¡Piedad de mí, que desdichada he sido:
merezca al menos mi dolor piedad;
acaso mi destino se ha cumplido

y llega la terrible eternidad!

Ram. Enlutada misteriosa,
ya escuché tu confesion,
y cual tú no hubiera cosa
si eres, muger, tan hermosa
como lo es tu corazon.
¿De qué he de absolverte yo,
blanca azucena inocente,
porque infame pie te holló?
alza del suelo la frente,
que á Dios no ofendiste, no.
¡Tú viniste á derramar,
angel puro, en el altar
las lágrimas del pecado!
yo tambien, muger, he amado...
¡es tan hermoso el amar!
¡Pecado! dale otro nombre:
esa es la vida, es la luz...
el mismo Dios, no te asombre,
murió por su amor al hombre
enclavado en una cruz.

Isab. El mio fue un devaneo
que mil desdichas causó...
que mi frente marchitó.
Miradla. (*Quitándose el velo.*)

Ram. ¡Gran Dios! ¡qué veo!

Isab. ¿Lástima mi cuita os dió?

Ram. ¿Quién eres tú, que tan bella
y enamorada y llorosa
eres imagen de aquella
que murió por ser piadosa
de mi amor á la querella?

Isab. ¡Yo!

Ram. ¡Dolorosa, sincera,
y cual ella celestial...!
déjame entrever siquiera
una sonrisa hechicera
en tu labio virginal.
Dime, dime si palpita
en tu pecho el corazon;

dime si mi amor le agita,
ó si eres alma bendita
que vienes por mi oracion.

Isab. ¡Padre! no os comprendo.

Ram. ¡Mira!
(*Echándose atras la capucha.*)

Isab. ¡Tú! ¡Ramiro!

Ram. ¡Es Isabel!
y era tu muerte mentira...
¡y vives...! (¡Viejo cruel!
¡Dios te castigue en su ira!)

Isab. ¡Al fin te encuentro!

Ram. ¡En qué hora!
cuando la muerte quizá
su guadaña destructora
alzando sobre mí está...

Isab. ¡Morir, y morir ahora!

Ram. Dias ha que lentamente
se va apagando mi vida...
ahora mismo aqui en mi frente
me abrasa una fiebre ardiente...
y acaso mi hora es cumplida.

Isab. No, ¡es imposible!

Ram. ¡Imposible!
¡A Dios! á Dios...

Isab. ¿Por qué asi
me abandonas... por qué, di?

Ram. ¡Isabel...! la hora terrible
se ha acercado para mí.
¡Y yo te escucho, y olvido
que en este horrible momento
al alto cielo ofendido
no consagro un pensamiento
en contemplarte embebido!
(*Yendo hácia la puerta de la derecha.*)
déjame que huya tu lado,
y déjame á Dios rogar
por mis culpas enojado...
hay entre los dos un mar
de negra sangre manchado.

Isab. No importa... triste muger
harto sola padecí.
Ram. Déjame.
Isab. No, me has de ver.
Ram. ¡Ay!
Isab. Si me amabas ayer,
ten hoy compasion de mí.
Yo tu suspiro postrero
llorosa recibiré...
Ram. Vete ya... vete... yo muero...
(*Entra por la derecha.*)
Isab. Deja que llore primero
de tu negra tumba al pie.
(*Se va por la misma puerta.*)

ESCENA V.

ALFONSO. DON FERNANDO. *Entran por la izquierda embozados.*

Fer. ¿No dirás...?
Alf. La iglesia es esta
de San Pedro el viejo.
Fer. Sí:
¿mas cuál es tu intento, di?
Alf. La esperanza que me resta
en el mundo ¿no está aqui?
Fer. No te entiendo.
Alf. Por mi vida
que es muy facil de entender.
Fer. ¡Alfonso! puedo saber...
Alf. Nunca mi dolor olvida
al padre que me dió el ser.
Fer. ¡Es posible!
Alf. Aqui el impío,
arrastrándose en el suelo,
pretende con torpe anhelo
burlar el enojo mio
y la justicia del cielo.
Fer. Pero aqui...

Alf. Ya está cansada
mi esperanza.
Fer. ¡Tú deliras!
Alf. No, mi promesa es sagrada,
y nada en el mundo, nada,
le ha de librar de mis iras.
Por largo tiempo esperé
de esta iglesia en el umbral...
fuerza traspasarle fué.
Fer. ¿Mas cómo harás...
Alf. No lo sé:
espada traigo y puñal.
Fer. Mas él no querrá tal vez
admitir el reto.
Alf. No.
Fer. La religion...
Alf. Sí, ¡pardiez!
¿no era monge cuando holló
de mi padre la vejez?
Espérame aqui.
Fer. No quiero
tampoco dejarte asi.
Contigo iré, mas primero...
Alf. No escucho nada: el acero
hable y no mas. ¿Vienes?
Fer. Sí.

ESCENA VI.

LOS MISMOS. ISABEL. *Esta sale al entrar aquellos por la derecha.*

Isab. ¡Qué miro!
Alf. ¡Cielos! ¡mi hermana!
¿qué buscas aqui, Isabel? (*Sacando un puñal.*)
Fer. ¡Alfonso! (*Deteniéndole.*)
Alf. ¡Muger liviana!
tu ciega pasion insana
te trajo á morir con él.
Fer. Tened la mano.

Alf. Será
ya demasiado sufrir.
¿Dónde tu cómplice está...?
¡vienes á verle morir!
Isab. No, Alfonso; le he visto ya.
Esgrime el acero impío...
Alf. ¿Qué has dicho, Isabel... ¡es cierto!
Isab. Castiga mi desvarío...
sepulta ese hierro frio
en el corazon de un muerto.
Yo misma espirar le vi.
Alfonso... hiéreme ahora.
Alf. El cielo lo quiere asi... (*Envaina el puñal.*)
Isab. ¡Hiéreme!
Alf. No, vive y llora.

ESCENA VII.

LOS MISMOS. EL ABAD *y algunos* RELIGIOSOS *que entran en la iglesia.*

Un religioso. Morir hemos todos.
Abad. Sí.
Morir del hombre es la suerte,
y su fin está prescrito
por la mano del Dios fuerte.
(*Los religiosos se postran delante del altar, y murmuran en voz baja alguna oracion.*)
Alf. ¡Padre! á su mano remito
la venganza de tu.muerte.

FIN.

Se vende en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, donde se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.*

Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Fígaro: coleccion de sus artículos y demas obras dramáticas, literarias, políticas y de costumbres: consta de trece tomos en octavo.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlos.

Cartas de Fígaro.

Sátiras de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.

El dogma de los hombres libres, ó las Palabras de un Creyente: un tomo en 8.º á 10 reales.

Respuesta de un Cristiano á las Palabras de un Creyente: un tomo en 8.º á 10 reales.